AUCA

REVISTA LITERARIA Y ARTÍSTICA

POESÍA
NARRATIVA
MÚSICA

ARTES PLÁSTICAS
CINE
ACTUALIDAD

Asociación Cultural Auca de las Letras
Revista cuatrimestral
Precio: 3€

Nº 17 noviembre 2009

AUCA

© De los autores

Dirección : María José Arques Cano
Coordinación : Manuel Parra Pozuelo
Consejo de Redacción : Francisco Alonso Ruiz, María José Arques Cano, Mª Rosario Mohinelo y Manuel Parra Pozuelo
Consejo asesor : Julia Díaz Climent, Luis S. Taza, Jesús Muguercia, Trinitario Rodríguez, Lucía Espín, Mª Isabel Pintos, Mercedes Rodríguez, Francisco Javier Fernández
Maquetación : Mercedes Rodríguez
Diseño : Grupo Cultural Auca de las Letras
Delegada de Ventas : Lucía Espín
Depósito Legal : A-469-2004
ISSN : 1697-9877

Ilustración de la portada : *Disturbios* de Ana Cesana.

Imprime : Copistería Velázquez. GRAFIBEL 2010, S.L. C/Padre Mariana, 15 Bajo. 03004-ALICANTE

Colaboraciones y Correspondencia:
c/Martín Lutero King, nº 4, bloque 4-1, 5º C. 03010-ALICANTE
mariajoseac@ono.com
Móvil: 679248312
aucadelasletras@hotmail.com

Las personas interesadas en posibles colaboraciones, deberán dirigirse a nuestras direcciones de correo electrónico o postal para solicitar las normas de estilo de AUCA y enviar sus escritos inéditos, en prosa o en verso, que en ningún caso serán más de dos, con arreglo a estas normas, a la dirección y en el formato que se indican. El consejo de redacción decidirá, en todo caso, sobre la pertinencia de su publicación.

La revista Auca no comparte necesariamente las opiniones vertidas en sus páginas siendo los contenidos responsabilidad exclusiva de los autores

ÍNDICE	AUTOR	pág
Presentación	Mª José Arques Cano	2
Una ocupación	Antonio Moreno	3
Ofrenda a la humanidad	Manuel Parra Pozuelo	4
El perfumista	Mª Rosario Mohinelo	5
Suite de Granada	Ricardo Pérez	8
Muerto de amor	Julia Díaz Climent	9
Desde las profundidades	Airam Lebasi	10
La serpiente	Francisco Alonso Ruiz	12
Hablando con Dios	Lucía Espín Martínez	13
Prehistoria literaria de Miguel Hernández	Manuel Parra Pozuelo	14
Hace frío en tus ojos	Julia Díaz Climent	17
Todo tiene un nombre	Mª José Arques Cano	18
La niña thai	Mercedes Rodríguez Gª-Olías	19
Me gusta la gente	Olivier Herrera	21
Soledad	Demetria Osado Moreno	22
Nadia Anjuman, poetisa afgana	Mª José Arques Cano	23
Lluvia en el puerto	Manoli Dafauce	25
Pensamiento y vida de un residente…	Mihaela Diaconu	26
Sumario del tiempo	Jesús Muguercia Correa	27
Soneto de la lluvia	Airam Lebasi	28
Situación	Francisco Alonso Ruiz	29
Toly	Mª José Arques Cano	30
Nostalgia	Airam Lebasi	32
Despertar del sueño	Julia Díaz Climent	33
Los fetos del mal enlazados	Jesús Muguercia Correa	34
Big-bang	Antonia Cuenca Piqueres	35
Háblame de fronteras/De blanco luto	Julia Díaz/Mercedes Rodríguez	39
Todo	Francisco Alonso Ruiz	40
El libro de Saoro (2ª parte)	Luis. S. Taza Hernández	41
Haikus	Maritza López-Lasso	44
Diáfanos lugares	Mª José Arques Cano	45
Limpiar zapato	Mercedes Rodríguez Gª-Olías	46
Polinisadas	Jesús Muguercia Correa	49
Que alguien escuche	Enfero Garulo	50
Casa de locos	Violeta Tineo	51
Vino el día	Francisco Alonso Ruiz	53
Las palabras que busco	Mª Rosario Mohinelo	54
La libertad y las artes…	Carlos Candela Ochotorena	55
Letras	Mercedes Rodríguez Gª-Olías	57
El mar	Inma Méndez “Alféizar”	58
Prosas sin prisas	Jesús Muguercia Correa	59
Abrazo de la niebla	Julia Díaz Climent	60
Como sello en blanda cera	Nemesio Martín Santamaría	61
El sacamuelas	Trinitario Rodríguez	64
Érase una vez	Annabel Villar	67
Más allá de la horizontalidad	Mercedes Rodríguez Gª-Olías	68
Hoy no es ayer	Bernardita Maldonado	70
Estrella Sur	Joaquín Juan Penalva	71
Un gran descubrimiento	Isabel Lozano Martínez	72
Escape	Rafaela Lax	73
Marenmedio	Julio Pavanetti	74
Estricto Molde	Manuel Parra Pozuelo	75
El crítico	Olivia Díaz Díaz	76
Humo	Rafael Gómez Muñoz	78
Llanto por el monte de András	Airam Lebasi	79
Alza tu voz	Inocencia del Pino	81
Juan Ramón, siempre	Manuel Parra Pozuelo	82

PRESENTACIÓN

"¡Lento pero viene!"

Contundentes y armoniosas sonaron las voces de los poetas en el recinto de la Sala Miguel Hernández de la Sede Universitaria de Alicante, el 20 de julio, día en el que la Asociación Cultural Auca de las Letras rindió homenaje a Mario Benedetti junto a varios miembros del Liceo Poético de Benidorm. Fue un acto entrañable en el que Mario fue recordado por todos con gran cariño y no faltaron las sonrisas e incluso las risas provocadas por las anécdotas que sobre el poeta uruguayo narró Carmen Alemany Bay, profesora titular de literatura hispanoamericana de la Universidad de Alicante y directora del Centro de Estudios Iberoamericanos Mario Benedetti, que fueron extraídas de su memoria, ya que se trata de escenas vividas por ella junto a este gran maestro de la poesía.

Después del homenaje, el grupo, tras la pausa veraniega, inició la elaboración del número diecisiete de la revista Auca, que tienen ustedes entre sus manos. Hemos recibido en nuestra redacción muchos textos, algunos son de autores nuevos, otros, de colaboradores asiduos de la revista.

Olivier Herrera Marín, poeta y sociólogo, embajador en España de *Poetas del Mundo* y que ya publicó en Auca su poema *Toc-toc, las cárceles,* nos emociona ahora con unos versos repletos de empatía que el autor titula *Me gusta la gente;* Antonia Cuenca Piqueres, nueva suscriptora de la revista, nos ha enviado su relato *Big Bang*; Maritza López-Lasso nos sorprende en esta ocasión como poetisa con sus *Haikus; Marenmedio* y *Érase una vez* son los títulos de los poemas de Julio Pavanetti y Annabel Villar, integrantes del Liceo Poético de Benidorm; Carlos Candela Ochotorena publica en este número un interesante artículo titulado *La libertad y las artes en la democracia de Pericles*; desde México nos llegan unos versos que Rafael Gómez Muñoz titula *Humo*; *El mar. La mar* es el poema de Inma Méndez "Alféizar"; no falta el humor en el delirante relato que hemos recibido de Violeta Tineo, *Casa de locos,* Olivia Díaz despierta nuestra imaginación con su narración titulada *El crítico; Escape* es el título del poema de Rafaela Lax; Ricardo Pérez evoca en sus versos *Suite de Granada* la magia de una ciudad de leyenda*;* Manoli Dafauce nos ha enviado un poema de despedida, *Lluvia en el puerto;* Enfero Carulo exhorta en sus versos a *Que alguien escuche;* Demetria Osado Moreno nos ha enviado su poema titulado *Soledad;* Mihaela Diaconu nos muestra en su poema *Pensamiento y vida de un residente sin permiso de residencia,* una triste y cotidiana realidad: la vida del emigrante; Bernardita Maldonado asegura en sus versos que *Hoy no es ayer;* Joaquín Juan Penalva recuerda a su padre en *Estrella sur;* Nemesio Martín publica en este número un excelente relato, *Como sello en blanda cera* y Antonio Moreno nos deleita con sus versos en su poema titulado *Una ocupación.*

Esperamos que este número sea del agrado de los lectores y les anunciamos que el Nº 18 verá la luz en marzo y será un monográfico dedicado a Miguel Hernández, con motivo del centenario de su nacimiento. En este caso nuestra revista constituirá el fruto de un taller promovido por la Asociación Auca de las Letras y que tiene como profesor a nuestro compañero Manuel Parra Pozuelo.

María José Arques Cano

Una ocupación

Al trabajo le debo el pan y un techo.
El vivir sin pedirle nada a nadie.
Tener que madrugar y ver la luz
que se proyecta cada amanecer
por todas las fachadas y tejados.
La ruta cotidiana del camino,
por donde a esas mismas horas van
también a sus labores dependientas,
obreros, niños, rostros somnolientos
que se repiten cada día. Ver
a quienes marchan en los autobuses,
el amarillo Nápoles de un muro,
los arriates y setos del jardín.
Todo ello forma parte del destino.
Mi ocupación, en cambio, qué distinta.
Qué cerca y qué apartada de estos hechos,
puesto su empeño en ser tan sólo el margen
donde obreros y niños y tejados
justo ahora deshacen sus fronteras.

Antonio Moreno

PARA ANTONIO MORENO

Ofrenda a la humanidad

Tú buscaste tan sólo
el retratar en versos conmovidos
la vida que se escapa irreparable,
diciéndola en voz baja, susurrando
las transidas palabras en donde el mundo habita.

Mostrando así el reverso
de su presente insomne,
construyéndolo así
con canciones que gimen
un lamento incesante,
un deseo insobornable
de que su eco refleje,
exacto e inmutable,
el orbe en sus signos
se transmuta.

Has llegado en tus trazos
al final del principio,
allí donde radica el nacimiento
de tanta y tanta pena
como es la de decir, sin que lo dicho
cree lo que está diciendo
y sea capaz entonces de defender su vida,
frente a la muerte que sin cesar lo acosa.

Penas son de palabras en las que perecemos,
en donde retadoras las aguas nos seducen,
de ellas bebemos y en su cauce que huye
habremos de dejar nuestro recuerdo.

Manuel Parra Pozuelo

EL PERFUMISTA

(Fabulación a raíz de una noticia de prensa)

Excelso es el perfume de Ra
cuando llega a la esfera de la luz.
(De un antiguo papiro egipcio)

Hace muchos años, casi tantos como los granos de las arenas del desierto que se han acumulado sobre nuestras tumbas hasta sepultarlas, que descanso a los pies del sarcófago de mi venerada Nefertari, aquella cuya belleza aplacaba a los dioses. Durante este tiempo la rutilante barca de Ra ha cruzado el cielo día tras día sin interrupción; el Nilo ha seguido su curso a través del país de Kemi, los cocodrilos descansado en sus orillas y el viento ha cantado su eterna canción entre los cañaverales. Para poder gobernarlos, los sacerdotes continuaron infundiendo a los hombres el miedo a los dioses, y los hombres siguieron multiplicándose como gusanos en una manzana podrida y cometiendo los mismos errores de sus antepasados. La guerra, la ambición y la idolatría los esclavizaron y el paso del tiempo convirtió en miseria el esplendor de antaño. Sólo mi amor, probado en el crisol de los días, ha permanecido puro e inmutable, tierno y vigilante, dispuesto a acompañar y proteger en el largo viaje a mi amada Nefertari, hasta alcanzar el Yalú, donde no existe la tristeza ni la corrupción, y el alma, y su soporte el cuerpo, viven eternamente.

A pesar de la paz de que ahora disfruto y de saber que las obras de los hombres, incluidas las del Faraón, tan sólo son vanidad de vanidades, no puedo evitar que, a veces, en esta larga noche silenciosa, mi pensamiento vuele con nostalgia a los días de mi niñez y juventud transcurridos en la amada ciudad de Tebas. Allí nací durante la crecida otoñal de nuestro protector el río Nilo, cuando sus aguas, surgidas de las tinieblas, inundan los campos estremeciéndolos de júbilo y cubriéndolos del negro limo donde Osiris efectúa el milagro de la renovación vegetal. Esto fue considerado un excelente augurio por mis padres, que vino a sumarse al gozo de haber concebido un hijo varón después de años de esterilidad y de plegarias a los dioses.

Mi padre me dio el nombre de Isuy, que quiere decir “el deseado”, y se sintió plenamente feliz pues ansiaba un heredero que continuase, no sólo su estirpe, sino también la tradición de su casa y de su oficio: era el perfumista más reputado de los dos Reinos, conocía los secretos de las resinas, las plantas y las flores, la estación propicia para recolectarlas, el lugar donde esconden sus aromas y la ciencia necesaria para extraerlos sin que pierdan durante la destilación ninguna de sus propiedades. Esta ciencia transmitiósela mi abuelo, quien, a su vez, la recibió de su padre y éste del suyo, de manera que si retrocedemos en el pozo de los tiempos, comprobaremos que todos mis antepasados dedicaron su vida y su habilidad al mismo arte, que fue enriqueciéndose y perfeccionándose en sucesivas generaciones. De mi familia procedían muchas de las fórmulas secretas de los perfumes y bálsamos que los sumos sacerdotes utilizaban en sus ritos, la mayoría de las usadas por los médicos y,

lo más importante, las de los ungüentos y aceites aromáticos empleados para proteger a los cuerpos de los difuntos de la descomposición de la muerte, por lo que era considerada y respetada hasta por el mismísimo Faraón, siempre obsesionado por el Más Allá.

El laboratorio de mi padre y nuestra casa formaban parte de los edificios anejos al gran templo de Amón. Crecí, por tanto, en un hogar acomodado y saturado de perfumes, antípodas de las, por lo general, hediondas callejuelas de Tebas. Palabras como incienso, mirra, sándalo, romero, azafrán, e incluso beleño y cicuta, me fueron familiares desde la infancia. Pronto aprendí los efectos que las distintas mezclas producen en los humanos al aspirarlas, pues, gracias a las enseñanzas del legado de Thot, sabemos que por ser la nariz el centro del cráneo, existe una conexión directa entre salud, mente y respiración, y utilizadas indebidamente pueden arrastrar al hombre hasta la desolación de la locura y la muerte.

Completé mi educación con escogidos preceptores y en las escuelas del templo, destacando en astronomía y matemáticas, pero mi inclinación coincidía con los deseos de mi padre, quien afanose en instruirme y desvelarme los secretos de su oficio.

Así fue cómo adquirí cierto renombre como perfumista que llegó hasta la Corte, adonde fui llamado un luminoso día de primavera. Bendecido por mi padre y tratando de recordar todas las recomendaciones de mi madre, seguí al emisario real.

Aunque conocía muchos de los edificios que lo rodeaban, nunca había estado en el palacio del Faraón, el cual me deslumbró por su magnificencia. La belleza de los inmensos aposentos, sostenidos por brillantes y poderosas columnas en las que estaban tallados los relatos de las hazañas de Ramsés; la solidez de los muros; el refrescante estanque de los lotos; las altivas estatuas y el cuidado jardín me impresionaron.

En aquellos lejanos días de mi juventud, Egipto disfrutaba de un largo periodo de paz y prosperidad iniciado con la marcha de los hebreos, y consolidado por el tratado de no agresión y ayuda mutua que aconsejado, según se decía, por su esposa Nefertari, había firmado Ramsés con los hititas después de decenios de guerras.

No se conocía con certeza la procedencia de Nefertari, pues, mientras algunos dignatarios y sacerdotes sostenían que a la muerte de su padre, Ramsés la había heredado con el resto de las mujeres que componían el harén del gran Sethi I, otros le atribuían un linaje real, considerándola hija de alguno de los reyes de los países vecinos, no faltando además, quienes afirmaban que había sido sacerdotisa de Maat, diosa de la Justicia y de la Verdad. Fuera cual fuera su origen, pronto la jovencísima Nefertari se convirtió en la preferida del Faraón por su belleza, inteligencia y discreción, hasta el punto de elevarla al rango de Esposa Real. Mas Nefertari, con el paso de los años y después de haberle dado siete hijos, temía perder su belleza y con ella el amor de su esposo. Esto lo deduje, y más tarde lo comprobé, cuando llevaba un tiempo a su servicio, y no por confidencia alguna, sino por observaciones y detalles que se desprenden del trato diario.

Libre de las servidumbres bélicas, el Faraón había sembrado el país de templos, donde la pareja real recibía culto y en las grandes ocasiones él mismo oficiaba las ceremonias. En los días de mi llegada a palacio Ramsés dedicaba la mayor parte de su tiempo a inspeccionar la construcción de los templos de Abu Simbel y las tumbas reales de los valles de Nubia. Atraídos por las colosales obras que había emprendido, arquitectos, orfebres y toda clase de artistas, artesanos y obreros especializados, llegados de los más lejanos lugares, llenaban talleres y estancias, atentos a interpretar bien sus peticiones y afanados en trabajar para conseguir complacerle.

Aún quedan en mí retazos del deslumbramiento que sentí al encontrarme por primera vez en palacio y de la timidez que me embargó en presencia de Nefertari, a quien solamente había visto de lejos en las ceremonias o en los desfiles. Temeroso de levantar la vista, la saludé posando las manos en las rodillas en señal de respeto, y hubieron de pasar unos minutos antes de atreverme a mirarla. Entonces se ofreció ante mí en toda su belleza: alta y esbelta, el rostro sonrosado enmarcado en los

negros rizos de una espléndida peluca, sus ojos brillaban como dos líquidas esmeraldas en contraste con la línea oscura que los perfilaba, y su tierna boca, lo que me turbó aún más, sonreía ante mi azoramiento. Iba vestida con una túnica de finísimo lino y rodeaba su cuello un collar de oro y piedras preciosas rematado por dos cabezas de halcón.

En aquel mismo momento supe que siempre la amaría. Su mirada atravesó mi corazón como un dardo encendido prendiendo un fuego inextinguible. Desde entonces mi amor por ella ha sido mi felicidad y mi tortura, mi hambre y mi alimento, mi sed y mi agua. Como guarda el avaro su tesoro lo escondí en lo profundo de mi alma y con mi secreto a cuestas caminé el resto de mis días. Mi única dicha era el afecto que ella me mostraba y la oportunidad de trabajar a su servicio, lo que hice con ahínco. Nunca nadie fabricó perfumes tan fragantes, ni obtuvo tan suaves y tranquilizadores aromas, ni sahumerios tan eficaces contra las enfermedades, ni ungüentos que satinaran y protegieran la piel de tal manera. Me consolaba la idea de que algo de mi propio espíritu quedaba apresado en aquellos productos que luego vivían la intimidad de su cuerpo, al que preservaban de los estragos del tiempo.

Muchos años permanecí en aquella fastuosa corte, durante los cuales conocí cuantas intrigas se tejen alrededor de los poderosos, y comprobé qué dura es la soledad que a veces padecen en medio de la multitud que los rodea, antes de poder descansar junto a Nefertari, privilegio obtenido por haber sobornado a los sacerdotes guardianes de su tumba con todas las fórmulas de mi invención para la fabricación de perfumes, ungüentos y sahumerios vigorizantes.

Mas todos aquellos sacerdotes ante los que temblaban los humildes, todos aquellos personajes poderosos, dueños de vidas y haciendas, todos aquellos hombres buenos o malos, ricos o pobres, débiles o fuertes, justos o injustos, han pasado como las nubes, y su recuerdo, a excepción de unas cuantas líneas en el libro de la Historia, se ha desvanecido. Sólo el amor permanece para siempre.

* * * *

En la tumba de Nefertari, descubierta en 1904, se encontraron diversos cofrecillos y vasijas de alabastro conteniendo ungüentos, maquillajes y restos de khol, el antiséptico que se utilizaba como adorno para los ojos. Lo más sorprendente fue el aroma que inundó la estancia al abrir un frasco de perfume que permanecía allí desde hacía más de 3000 años.

Un romántico arqueólogo lo relacionó con el alma de los sepultados pues, según la tradición egipcia, ésta se convierte en perfume cuyas emanaciones llegan al cielo, al abandonar el cadáver.

María Rosario Mohinelo

Bibliografía: *Historia de los Perfumes* de Concha Palacios.
Egipto, creador de la civilización. Comité Organizador de la Expo./92

Mañana

Llenaste con tu vida
el blanco de las casas
que trepan cada cuesta
del bello Albayzín.
Rondaste los rincones,
bebiste su embrujo,
reíste cada instante
y las calles florecieron
un mar de esperanzas.

Fuiste tú la reina
del aire que desciende
a plazas que transformas
con tu magia de caoba,
y emergiste con tu luz
al misterio de lugares
que crecieron en historias
a lo largo de los siglos.

Tarde

Vamos galopando al infinito
desde el monte de la Alhambra
y a la busca de la mar.
Vamos a bebernos el ocaso
y tomemos una estrella
en pos de alguna ola.
Vamos a girarnos por caminos
de los valles y las huertas,
hasta sentirnos en la orilla
como uno en la mar.

Noche

Nunca podré olvidar
la dulce mirada de los campos
que rodean tu semblante,
ni los montes otoñales
que palpitan de emoción,
ni el sabor incombustible
del perfume de tu aliento,
ni la niebla recordada
que ayudé a combatir.

No,
nunca olvidaré
el crepúsculo sobre nuestros besos,
ni el infinito de las nieves
que buscan las palabras,
ni tus suaves cimas
que transmiten la belleza.

No,

Suite de Granada

nunca sin ti
Granada fue estrella,
ni fue sueño anhelado
que tomé entre sus calles
bajo la brisa de tu vida.

Ricardo Pérez

Muerto de Amor

Él esperaba un avión
como paloma que espera,
los ojos mirando al cielo,
la ternura, su bandera.
Aquí un muchacho soñaba
la futura primavera,
y por soñarla, ¡asesinos!,
le volasteis la cabeza.
Isis Obed era el pueblo,
Isis Obed se llamaba,
Isis Obed es la sangre
de América derramada
cantando bajo la tierra.
Tegucigalpa te lleva
sobre su frente tatuado,
entre sus voces, tu voz
entre sus pasos, tu huella,
valiente joven del mundo
volando ya sin fronteras.
Muerto de amor te mataron
vivo ya, por siempre quedas
latiendo en el corazón
de América que despierta.

Julia Díaz Climent

DESDE LAS PROFUNDIDADES

El mar rayaba en el horizonte nebuloso, difuminándose bajo una luz cercana que iluminaba la playa. Un efecto que se translucía en las olas rompientes de la bajamar. Yo paseaba por la arena. Mis huellas permanecían un momento antes de formar diminutos lagos que me seguían con tesón. De vez en cuando encontraba escollos donde el agua se remansaba alrededor de las pequeñas rocas en la que quedaban atrapados peces y camarones entre las algas. Así encontré la botella. En principio no le hice caso. “Una basura más” –pensé– Pero algo me timbró. Me agaché y la desenterré. Vi que era de cristal claro y dentro se adivinaba un rollo. ¡Un mensaje! Cuando te pasa algo así piensas en piratas, en náufragos o en una isla con tesoros. Mi curiosidad creció. Destapé la botella, con arduo trabajo, pero no conseguí que saliera el pergamino, o lo que fuese, no me quedaba más remedio que romperla. Allí no, me la llevaría a un sitio adecuado. Seguí con mi paseo en aquella mañana sosegada de finales de septiembre. Guardé el tesoro en mi bolsa y me olvidé. Pasó el día sin que recordase el hallazgo. De pronto, cuando me iba a la cama, me vino a la memoria. Me fui a la cocina donde había depositado la mochila. Así la botella dándole vueltas con curiosidad. A simple vista no descubrí más que la sombra de un objeto. No quedaba más remedio que partirla. Lo hice con gran cuidado y extraje el rollo de papel. Parecía una carta o, tal vez, un diario. Varias hojas de cuaderno escolar, escritas con una caligrafía clara y firme, se mostraron ante mis ojos. Leí mentalmente lo que decía y poco a poco mi pulso se aceleró. Sin darme cuenta modulé palabras que salían de mis labios temblorosos.

“*Querido mar, me gustas. Tu vaivén continuo apacigua mi espíritu y tu fiereza se enrola con mis sentimientos truculentos que a veces me torturan. Es como si tu fuerza me ayudase a encauzar mi desazón. Creo que no hay nada más grandioso. Y a ti entrego mis secretos, nunca encontraría una madre más comprensiva. ¿Sabes? Estoy muy triste. Mi tristeza es envolvente como el manto de un beduino. Es una tristeza profunda, física y anímica que me impide reaccionar ante los demás, me falta algo que no puedo materializar. Estoy vencida. No hay pócima que me restablezca y me dé el ánimo suficiente para seguir. Te confío mi vida amenazada de muerte.*

Amé y fui amada. Quizá tenía que haber renunciado hace tiempo a lo que parecía un imposible. Ese amor clandestino me volvió solitaria y esa desconfianza agravó mi existencia. Además, ocultar mis sentimientos rivalizaba con mi amor atormentándome constantemente. Su invisible garra socavaba mi entereza. Mordida por la duda me debatía en la angustia de ser descubierta. Días y noches de zozobra. No tenía la certidumbre de las actividades de mi amante, aunque sospechaba algo ilegal. Recibí avisos de que me apartara de él. Amenazas de que si no lo dejaba me iba a arrepentir. Yo no las tuve en cuenta y ahora lloro ante ti mi desamparo. No tengo con quien comentar lo sucedido. Sé quiénes son mis enemigos y los suyos y dónde encontrarlos. Sé demasiado. Lo descubrí sin querer. Fue un gato el que me llevó al escondite. Yo lo esperaba a él en nuestro sitio secreto cuando apareció un gato. En silencio se acercó, su piel atigrada, su belleza felina, me encantó. Se arqueó en un movimiento grácil de confianza hacia mí. Se paró a observarme. Yo lo quise acariciar pero huyó. Lo seguí para entretener la larga espera. Su persecución me llevó hasta un almacén. La puerta estaba entreabierta y oí: “Misi, misi...” Esa voz me resultó familiar. Con mucho sigilo entré y lo vi. Era él. Allí estaba manejando una escopeta recortada de dos cañones a la que le pasaba un paño como limpiándola. Quizá disponiéndola para disparar.

También vi las cajas y los fardos. Y las máscaras que estaban sobre la mesa con las parabellum y las placas de matrícula. Y los coches y las herramientas.

Con el corazón encogido salí como una sombra. Corrí como el viento. Oía a lo lejos su voz que me llamaba. Pero yo huía de aquella terrible certeza. Huía de mi mundo roto en mil pedazos. El corazón me latía con violencia y un dolor agudo no me

dejaba respirar. En dónde me había metido. Qué iba a pasar ahora. Tenía que reflexionar. Vagué por las calles hasta el amanecer. Sentía frío. Me acerqué al puerto. Solía haber bares abiertos en los que se podía tomar café caliente. Más tarde volvería al colegio. Debía seguir haciendo vida normal. Disimular. Ellos no perdonaban. Lo sabía. Al anochecer volvería al lugar de las citas. Al piso en el que vivía yo, no, sería peligroso. Pasé el día como un robot que realiza automáticamente los movimientos programados. A la hora que solíamos vernos acudí y esperé. Esperé en vano. Ya de madrugada fui hasta el almacén del gato a espiar. Allí estaban varios de sus compañeros alrededor de algo que yacía en el suelo inmóvil. ¡Oh, malditos! Era él. Allí estaba tirado, muerto. Se me paró el corazón. Me habían vencido. Inmóvil con los ojos arrasados y el cuerpo paralizado vi como lo introducían en una bolsa y lo cargaban en uno de los coches que salió disparado conducido por uno de ellos. Los demás limpiaban el lugar. Colocaban en zulos disimulados en el suelo los objetos pequeños y cajas que pensé contendrían goma dos o dinamita. Estos zulos desaparecían disimulados por placas que imitaban el pavimento. Cuando pude moverme me alejé con el aliento congelado. Cómo podría explicar que había sido la novia de uno de ellos. Me fui hacia la playa y te miré y te hablé. Querido amigo de tantos días. No contestabas. Tu rumor monótono no indicaba que oyeses y yo en mi locura te escribí este mensaje contándotelo todo. Te digo la calle del almacén por si algún día puedes ser testigo de estos crímenes: "Muelle 6 – 3º A, de la ciudad B. Su nombre, el que yo conocía, Pachi Iraski, quizá tuviese un mote u otro nombre, no lo sé. Entre la basura encontré una botella. Voy a confiarte estas hojas en las que escribo mi confesión y la entregaré a tus aguas para que algún día se sepa mi verdad. Que se conozca que Ainoha López no se suicidó, que la asesinaron. Que era una chica sencilla, que su pecado fue estar enamorada de una persona maravillosa de ideas equivocadas.

Los presiento, hace un buen rato que me vigilan. Esperan el momento. Sé que es el fin. Las olas guardarán el secreto. En su envolvente manto ocultarán mi testimonio para que ellos no puedan arrancármelo. ¡Escondes tantos secretos! Guarda en tu seno, mar, el mío, que algún día salga a la luz en una playa recóndita, como lo hacen los náufragos perdidos. Qué como uno de esos misterios irresolubles que configuran en muchas vidas se pueda resolver después del paso del tiempo. Los veo. Los siento cerca. Sólo esperan el momento oportuno para actuar. No tengo esperanza de salvación. Empieza a asomar el sol por el horizonte, volviendo de plata tu piel. Acógeme en tu seno amante y envuélveme en tus brazos amorosos. Me voy con la satisfacción de haber sido amada hasta la muerte y con la cobardía de no haber hecho frente a la adversidad de mi situación. Recorro con los ojos nostálgicos la belleza de mi tierra y me despido del sol para acogerme a la oscuridad de tus profundidades.

Gracias, a quien haga pública mi verdad. Que mi nombre y el de él sirvan para descubrir a los culpables.

En B a 2 de abril de 2008.

Ainoha López

Así terminaba aquel documento revelador. Me quedé impresionada y pensativa. Estábamos en septiembre del 2008. Me podía servir para escribir una novela. No sé si sería plausible usarlo. El terrorismo es un tema muy delicado. lo urgente era entregar el mensaje a la policía. A pesar de la hora me dispuse a salir a dar parte. Me recriminé a mi misma por pensar de forma tan egoísta. Yo, y sólo yo, y mis novelas. La tragedia que acababa de leer y que pensaba utilizar en mi provecho tendría un lugar preeminente. Se lo debía a esa mujer y eso iba a hacer al dirigirme a la comisaría. Si me dejaban intervenir con ellos en la investigación lograría datos valiosos para mi libro. Me gustaría saber más de Ainoha López ¿Quién había sido?

Airam Lebasi

L a

S e r p i e n t e

Todo lo que sé
lo supe en la noche húmeda y desnuda,
cuando advertí su largo transcurso,
su turbio recorrido de piel,
cuando estaba en la piedra
la serpiente.

Lo que yo conocí
fue el inmutable sigilo
con que aguarda la lluvia,
la sensación que transmite de sudor y semen,
cuando estaba en la sombra
la serpiente.

Todo lo que sufrí
rozaba mi esqueleto al llegar el crepúsculo,
cuando existía un rumor
de hojarasca menuda,
cuando toda la noche era un ojo
que miraba con odio,
cuando estaba en el tiempo
la serpiente.

Cuando estaba en lo que existe
yo estaba conociendo su viscosidad
y la mansedumbre lenta de su cuerpo,
yo estaba llorando en la esquina seca
de algún viento,
yo me seguía preguntando qué dolor
es el que hay,
cuando estaba en la angustia
la serpiente.

Francisco Alonso Ruiz

H a b l a n d o

c o n

D i o s

Con la luz de tus ojos me iluminas
y por ella camino con soltura
en este mundo lleno de amargura
donde te coronaron con espinas.

Apenas sé de ti como imaginas
y te invoco a pesar de mi incultura
porque tú eres mi Dios en mi andadura
y el Señor de las cosas más divinas.

Si no creyera en ti, como yo debo,
no vería la luz que en mí derramas
y a ciegas andaría, si me atrevo.

¡Oh Dios! árbol de vida que me aclamas,
si es que he de conocerte, yo me elevo
para poder ser una de tus ramas.

Lucía Espín

PREHISTORIA LITERARIA DE MIGUEL HERNÁNDEZ: DEL HUERTANO PASTOREO AL LUNAR PERITAJE

En su primera estancia en Madrid, desde diciembre de 1931 a finales de mayo de 1932, Miguel Hernández observa los nuevos caminos por los que transita la lírica escrita en lengua castellana y, desde su primigenia veneración por Juan Ramón Jiménez, pasa a una sincera admiración a los poemas neogongorinos escritos por los integrantes de la generación del 27, que le conducen a elaborar un gran número de composiciones con estos modelos entre las que se encuentran las cuarenta y dos octavas reales que integran *Perito en lunas*, que inicialmente se tituló *Poliedros*, publicado en 1933, y cuya financiación fue avalada, entre otros, por Don Luis Almarcha, canónigo de la catedral de Orihuela, de posición inequívocamente derechista, que jugaría un importante papel en la vida de Miguel Hernández Gilabert, quien firmó éste su primer libro con el nombre de Miguel Hernández Giner, (apropiándose del segundo apellido de su madre). Desde la perspectiva del joven poeta, tal como afirma Sánchez Vidal: "La adscripción de un registro noble no era una evasión ni un mero relato de su genuina responsabilidad, sino el sometimiento a una disciplina depuradora con la que alcanzar dos objetivos que eran una cuestión de vida o muerte para su trayectoria de poeta: adquirir una técnica dominando el lenguaje y concretar lo cotidiano –e incluso lo sucio- en tema digno de ser revestido poéticamente" (1), de tal modo que se ve obligado a transitar por nuevos caminos literarios. En definitiva, según afirma Carmen Alemany: "En general, podemos afirmar que el poeta se recrea desde las octavas de *Perito en lunas* hasta los últimos poemas, demostrando un esfuerzo de escritura que se consolida en una poética perfeccionada con los años a raíz de la propia superación literaria y de la amistad con otros escritores" (2).

En este su primer libro, la influencia de Ramón Sijé es abrumadora y evidente. El entonces amigo de Miguel Hernández, ya en su prólogo, expone sus teorías poéticas, en las que aboga por una retórica en la que "el sujeto" se haya transformado en "objeto poético", consiguiendo así que la poesía sea" transmutación, milagro y virtud". Los consejos de Ramón Sijé inciden hasta tal punto en las actuaciones de Miguel Hernández que bastó una indicación suya, unas palabras escritas en el margen de una de las octavas reales ("No cabal; no, no, no y no"), para que Miguel la suprimiera de su selección definitiva. (3).

No cabe duda que este texto supone la culminación de su primera etapa de aprendizaje de las técnicas expresivas, gracias a la asimilación del estilo del poeta cuyo centenario acababa de celebrarse en el año 1927, aunque también en él son visibles las huellas de Jorge Guillen y un cierto regusto por la adivinanza, propio de Ramón Gómez de la Serna, y presenta, así mismo, una característica diferenciadora, que no es otra que la que permite que "el material metafórico empleado, lejos de temas e imágenes de origen fabuloso, conecte con su vida más cercana, con su tierra, su paisaje, con las vibraciones de su mundo cotidiano" (4).

También escribió en este tiempo algunos versos en los que comentaba los libros o la vida y la obra de escritores de su época, en 1931 dedicó uno de sus poemas a Juan Sansano y otro a su obra *Canciones de amor*, que se publicaron en El Día, periódico de Alicante, dirigido por este poeta, que ejerció como director del primer diario publicado en Alicante tras la entrada del ejército de Franco en la ciudad y al que en carta fechada en marzo de 1933 le decía: "Ahí en Alicante se han quedado respecto a la poesía, como respecto a otras cosas, en Campoamor" (5).Dedicando también una muy elogiosa descripción a la vida y al recuerdo de Gabriel Miró (6).

En cuanto a las octavas reales que no tuvieron cabida en *Perito en lunas* llama la atención su número, que alcanza la cifra de 45, es decir, que son más de las que componen su primer poemario que son sólo 42, debido a que en las ediciones del Sureste, en las que fue publicado, no podían publicarse textos poéticos que superasen el número de páginas que ocupaban las octavas y el prólogo de Ramón Sijé. Obviamente estos poemas se inscriben en los parámetros que hemos descrito para los que conforman este primer libro de Miguel.

En segundo lugar, siguiendo la ordenación y las propuestas de edición de Agustín Sánchez Vidal (7), nos encontramos con trece poemas de verso corto, en los que, partiendo de la imaginería neogongorina, incide aún más en aquellos aspectos allegables al mundo de las greguerías de Ramón Gómez de la Serna, introduciendo símbolos y temas que habían adquirido una gran popularidad en aquel tiempo, como sucede en el titulado *Hermanita muerta* y otros que alcanzarían una gran importancia en la obra futura de Miguel Hernández, como el del toro (8). Continúa este apartado con treinta y dos décimas que fueron escritas simultáneamente a las últimas octavas reales, inspiradas en las de Cántico de Jorge Guillén, y, en las que, manteniendo la imaginería y la metaforización ya utilizada en *Perito en lunas*, introduce una personalización de los textos, dando lugar a la aparición de formas verbales en primera persona (9), que serían las predominantes en posteriores poemas; por otra parte, las titulaciones bimembres, separadas por guiones y utilizando letras vérsales en el primer término, son un indicio de barroquismo que ofrece así una doble perspectiva o visión del motivo o de la situación aludida.

En el apartado titulado Varia poesía, tras un poema titulado *Elegía media del toro*, que fue utilizada como guión para una conferencia que, ilustrada con un cartel dibujado por Francisco Die, pronunció en varios lugares, entre otros, en la Universidad Popular de Cartagena y en el Casino de Alicante, el 29 de abril de 1933. Dentro de este mismo grupo destacamos el titulado *PRIMERA LAMENTACIÓN – de la carne*, en el que, dentro de las dicotomías de la etapa, se llega a afirmar:"¡Oh Muerte! ¡Oh inmortal almendro ¡ cano/ mondo pero florido/ sálvame de mi cuerpo y sus pecados, / mi tormento y mi alivio./", aunque en este mismo poema, ya había denostado más claramente a la carne, diciendo: "Sólo puede haber paces y descansos/ donde no hay carne, ay carne", explicitando aún más la causa de sus desventuras al afirmar:"La desgracia del mundo, mi desgracia/ entre los dedos tengo,/ ¡oh carne de orinar! Activa y mala,/ que haciéndome estás bueno".

El conjunto de sonetos que se incluye al finalizar este apartado, tiene un carácter amoroso, precursor de otros muchos posteriores, y, según José Luis Ferris (10), el titulado *A ti llamada impropiamente Rosa* está dedicado a Josefina Manresa de la que le habían informado erróneamente de su nombre, diciéndole que se llamaba Rosa.

A continuación, en la edición de Agustín Sánchez Vidal, aparece un grupo de composiciones a las que se denomina *Poemas publicados en Gallo Crisis y los Silbos*. En relación con estos textos, es preciso tener en cuenta el carácter de combatiente catolicismo que tenía la publicación orlecitana dirigida por Ramón Sijé, para José Luis Ferris "la revista es una revista provinciana, de catolicismo doméstico y crepuscular que dista mucho de Cruz y Raya". Darío Puccini, citado por José Luis Ferris, define con más precisión las diferencias entre los promotores de ambas publicaciones: "Sijé tiende hacia fórmulas de puro intelectualismo y Bergamín trabaja en un terreno existencial. En otros términos más exactos, Bergamín en su actividad cultural, siempre está atento a los problemas de su tiempo y por eso llega con su espíritu reformista a postulados revolucionarios, en cambio, Ramón Sijé sólo parecía atenerse a una prédica de orden moral e intelectual" (11). Los poemas, que Miguel Hernández publicó en *Gallo Crisis*, son una versión poetizada de los dogmas y creencias que profesaba su amigo Sijé, así el poema titulado *PROFECÍA - sobre el campesino*, que es una imprecación contra los que "han sacado a Dios de los trigales" y, frente a la desnaturalización o descristianización, el remedio que se propugna en el poema de Miguel no es otro que "el amor a sus labores", "buscando la alianza/ del cielo y no la

guerra/", mientras que el poema *LA MORADA - amarilla*, dedicado a María Zambrano, dirigiéndose al campesino castellano le dice:"No esperes a mañana/ para volver al pan, a Dios y al vino/ son ellos tu destino". Con palabras que expresan teorías análogas a aquellas con las que Don Luis Almarcha estaba organizando los sindicatos católicos agrarios.

Similar substrato ideológico es el que inspira *los silbos* escritos en ese tiempo, cuyo nombre alude, a nuestro entender, al sonido producido por la expulsión a través de un posicionamiento especial de los labios, y propio sobre todo de personas dedicadas al pastoreo, algunos de ellos se publicaron en *Gallo Crisis*, como el Silbo de afirmación de la aldea, que lo fue en 1935. Una de estas composiciones, recientemente rescatada del olvido, ha sido *El silbo del mal de ausencia*, publicado en 1988 por Carmen Alemany Bay (12) que, tal como ha sido resumido por Carmen en su estudio introductorio, nos relata el llanto de un pastor por la ausencia de su amada, destacando la presencia de elementos de la naturaleza, y de otros, como amor, ausencia, pena, soledad, vida y muerte. En el poema, como acertadamente señala Carmen Alemany, son evidentes las huellas de San Juan de la Cruz y, en general de la poesía mística española, aunque, en ocasiones los tópicos se personalizan mediante expresiones que nos dejan ver las situaciones concretas de la vida de Miguel o de su novia, así cuando nos dice:"Como el pájaro escojo/ el más alto lugar para mi pena,/ más atento a tu ausencia que tú al ojo/ de la aguja al pasar el hilo leve", o a reflexiones que se alejan de los supuestos en los que se basaban los poemas místicos, así cuando se pregunta, al quejarse de la falta de correspondencia de su amada: "¿De qué me sirve lo que Dios me ha dado/ de hombre a mí, criatura,/ si a ti no puedo dedicar mis bríos?/", o expresiones cuyo explicito realismo era difícilmente compatible con la elevación propia de cualquier tipo de poesía religiosa, como cuando dice:"sabe, el Señor que sufro, como meo". Destacar así mismo las alusiones referidas a su persona, con las que inicia el poema ("Pedro te llamas, Pedro, pena mía/ Pedro me llamo, y ¡ojala lo fuera!), tienen evidentes puntos de contacto con las del inicio del poema central de El rayo que no cesa ("Me llamo barro, aunque Miguel me llame").

Manuel Parra Pozuelo

Notas

(1) Miguel Hernández, *Obras completas*, edición crítica de Agustín Sánchez Vidal y José Carlos Rovira, con la colaboración de Carmen Alemany, Introducción de José Carlos Rovira, Espasa Calpe, Madrid 1962, tomo II, pág. 2309.
(2) Alemany, Carmen, *Esbozo y borradores en el origen de la creación hernandiana"*, Ínsula, nº 544, 1992.
(3) Ferris, José Luis, Miguel Hernández, *Pasiones, cárcel y muerte de un poeta*, Ediciones temas de hoy, Madrid, 2002, pág.138.
(4) Ferris, José Luis, obra citada, pág.104.
(5), Sánchez Vidal, Agustín, *Miguel Hernández ,Obras completas*, edición citada Juan Sansano, págs. 220 y 221, A Don Juan Sansano, págs 226 y 227 y A Don Juan Sansano, por su libro Canciones de amor y Carta a Juan Sansano, pág. 2306.
(6) Sánchez Vidal, Agustín, *Miguel Hernández ,Obras completas*, edición citada Gabriel Miró, pág. 234.
(7) Sánchez Vidal, Agustín, *Miguel Hernández, Obras completas*, edición citada, págs. 204 a 287.
(8) Sánchez Vidal, Agustín, *Miguel Hernández, Obras completas*, edición citada, pág.291.
(9) Véase Sanchez Vidal, Agustín, *Miguel Hernández. Obras completas*, edición citada, FRUTO –querido y no, pág. 300,
(10) Ferris, José Luis, obra citada, pág.180.
(11) Ferris, José Luis, obra citada, págs. 173 y 174.
(12) Alemany Bay, Carmen, *Casi un inédito hernandiano*, "El silbo del mal de ausencia", Anales de literatura española, nº 6, 1988, págs 13 a 32.

H a c e

f r í o

e n

t u s

o j o s

Hace frío en tus ojos,
un hechizo arrancó la primavera
con la que me hacías
sitio en las pupilas,
otorgándome sueños compartidos,
dejándome dormida en tu paisaje.

Hace frío en tus ojos
tanto frío, que no encuentro la calle,
el banco en el que un día nos amamos,
la plaza, los luceros, las guitarras.
La nieve cubre entero ese paraje.

Hace frío en tus ojos
que surcan los espacios congelados
esperando que en el hielo me resbale,
y no pueda acunarme en tus pestañas
a salvo del dolor y el oleaje.

Hace frío en tus ojos,
espero que el invierno se descuaje
y vuelva yo a la luz de las pupilas
envuelta en la amplitud de tu boscaje.

Hace frio en tus ojos,
los míos, aprenden entre sal
a despertarse.

Julia Díaz Climent

T o d o t i e n e

u n

n o m b r e

Se debe llamar a las cosas por su nombre,
a los hechos, por su nombre,
con la exacta palabra
o el término correcto.
No es tiempo de eufemismos
ni de medias verdades.
Torturar es producir
a las personas o a los animales
un dolor intenso.
Los feroces torturan la alegría.
Acariciar es rozar o tocar algo
muy despacio, suavemente.
Caricias de belleza resplandecen
en las manos del hombre que ha aprendido
a cabalgar en la quietud de un verso.
La violencia es la acción de usar
la fuerza y la intimidación
para conseguir algo de un ser humano.
Los feroces, con puños asesinos,
violentan el espacio.
El diálogo es una discusión
de distintos puntos de vista
para intentar lograr un acuerdo
o un acercamiento entre posturas.
La palabra acercó los corazones
que ya no padecieron jamás frío.
Escasez generalizada de alimentos
es la hambruna.
Los feroces acaparan, negocian, firman pactos
y organizan eventos de estómagos saciados.
Escupir es arrojar algo con la boca.
Los feroces escupen
sobre el silencio de los muertos.
Besar es tocar algo o a alguien con los labios juntos
y separarlos haciendo una pequeña aspiración,
en señal de saludo, cariño, amistad o reverencia.
¡Qué bella es la sorpresa de un beso
cuando es otorgado con sencillez de espuma
como si el mar dibujase en la mejilla una ola!
La tolerancia es el respeto
hacia las opiniones o prácticas de los demás.
Hay belleza en la faz del tolerante
pues ha vencido al miedo.
El racismo es un sentimiento de rechazo

hacia las razas distintas a la propia.
La tierra resplandece de armonía
cuando los seres que pueblan sus encantos
abrazan sus perfectas diferencias.
La homofobia es el rechazo a los homosexuales.
Los feroces dividen, separan y critican;
persiguen y acorralan
creando estúpidas historias
referentes a hipotéticos armarios.
Se debe llamar a las cosas por su nombre,
a los hechos, por su nombre,
con la exacta palabra
o el término correcto.
Así, el amor es el conjunto de sentimientos
que ligan una persona a otra,
o bien a las ideas o a las cosas.
El amor es la base de las pequeñas cosas,
de los grandes acuerdos, de las risas serenas.
El amor es la clave de todos los enigmas.
El amor es ternura, tolerancia, respeto,
libertad y empatía.

María José Arques Cano

LA NIÑA THAI

Después del huracán no quedó asomo de la casa, ni rastro siquiera; la aldea desapareció completamente. El padre había ido temprano al arrozal y no volvieron a verle, porque hay tifones asesinos que devoran padres en un abrir y cerrar de ojos y luego escupen los huesos o los despojos a kilómetros de distancia. Pero de los despojos de aquel padre laborioso tampoco se supo.

Madre e hijos erraron durante días hacia las tierras altas; digo errar por usar un término poético o un eufemismo, por no decir arrastrarse, o reptar. La muchacha llevaba a su penúltimo hermano desnudito, aupado a las espaldas, cubierto con hojas de banano; la madre llevaba al más pequeño atado con cuerdas sobre el pecho y a la hija menor a horcajadas, semidesnuda también, sobre la espalda.

El rostro de esa madre thai que podría haber sido cualquier rostro de una madre-despojo humano, quedó ensombrecido desde aquel día, ni expresión de odio o de dolor, apenas gesto alguno; era marmóreo, pálido, ceniciento.

Empezaron a sufrir penurias y una cierta hambruna desde el nacimiento del tercer hermano, pero la madre no se quejó nunca; conservaba todavía en aquella época una minúscula sonrisa casi concreta pese a todo y le gustaba despiojarlos, cepillándoles el pelo por las noches, único y exclusivo momento de descanso tras el rudo esfuerzo en los húmedos arrozales y los mercados.

La casa, tan endeble, resulta prodigioso que durase en pie tantos años a pesar de Berta y de Irene, que son los malditos nombres femeninos que les dan los sesudos y estudiados a los implacables tifones que barren con temible furor la vida en aquellos confines asiáticos.

Cuando llegaron al improvisado campamento, los parientes que iban buscando estaban instalados en tiendas del ejército, porque la furia de aquel tifón tampoco había respetado ciudades; de nada le valió al tío ser un pobre funcionario. No pudieron permanecer allí. Tomaron una porción de alimentos que el ejército repartió y prosiguieron su camino. Se les acabó el arroz cuando estaban cerca de la gran ciudad. La niña acababa de cumplir los trece años y tenía una carita angelical, candorosa y bella; apenas despuntaban los pechos en el cuerpecito blando. La madre se las tuvo que ingeniar para conseguir un vestido limpio. En un arroyo cercano lavó su cuerpecito frágil y famélico.

El viejo Su-Moon la inspeccionó sin preguntar la edad de la niña; le pagó a la madre después de que su hermana hurgara con el dedo y comprobara que no había estado usada antes por ninguno. Muda y humillada, la madre aceptó la comida y el dinero, pero estaba muy gris cuando enfiló el callejón; parecía que iba a llorar, pero ni siquiera se volvió, para no seguir sintiendo las puñaladas del dolor que le atravesaban la garganta y el vientre; el pequeño atado a su seno intentaba mamar del pecho seco y la hermanita le dijo adiós moviendo alegremente la manita, igual que una mariposa; el hermano que llevó a su espalda durante tantos días por las montañas se marchó muy contento porque el viejo Su-Moon le regaló una pajarita de papel de color azul, una hermosa pajarita translúcida que le proporcionó un mísero instante de regocijo después de tantas penalidades.

Ahora la niña adolescente se llama Pinky. En el burdel no la pegan ya, ni le dan poca comida. La desfloró un cliente preferente al poco tiempo de llegar a Bangkok en el prostíbulo de Su-Moon que es de los mejor surtidos de la ciudad; ninguna de las chicas ha cumplido los dieciocho años. Ahora, en este preciso momento, está pensando pedirle a Lulú su barra de carmín “rubor carnation” y no sabe si ponerse sombra verde o azul en los párpados, porque todo dependerá de si viene el holandés que quiere que lo haga primero con su hijo y luego con él.

Valientemente resiste porque sabe que es una niña Thai, como otras tantas miles; y que su madre la vendió para sobrevivir en el infierno caliente e insano de la miseria y el hambre, igual que otros padres tuvieron que hacer. Ahora come todos los días y hasta lleva vestidos con muchos brillos y ropa interior de encaje, como las actrices. En Bangkok se paga la carne tierna de niña a buen precio para alimentar a los caníbales. Acaso los Thai tienen costumbres primitivas y salvajes; pero entre los caníbales, materialistas e inmorales, los hombres blancos occidentales, que han recibido tan buena educación, son legión, como los demonios del infierno.

Mercedes Rodríguez García-Olías

M e g u s t a

l a

g e n t e

Me gusta la gente
Noble y sencilla
Que ama a propios
Y a extraños
Sin prejuicios
De ninguna clase.

Me gusta la gente
Que ama la vida,
Y ama sin miedo
Al qué dirán
Sus ilustrísimas
Y necias señorías.

Me gusta la gente
Que lucha y trabaja,
Que defiende su pan,
Su casa y su tierra,
Con uñas y dientes,
Con sangre y alma.

La gente sencilla
Que duda de todo,
De lo indudable
Y de sí misma,
Y aun en la duda
Se mueve y actúa.

Me gusta la gente
Libre y responsable,
Flexible e indomable
Que escucha razones,
Que habla y atiende
A los demás.

Me gusta la gente
Que te da la mano,
Que abre la puerta
E invita a su mesa,
Que a nadie juzga
Ni condena.

Me gusta la gente

Que no se esconde,
Valiente y cobarde,
Frágil y resistente,
Que se la juega
Y es prudente.

Me gusta la gente
Joven y adulta
Que levanta la cara,
Y mirando de frente
Le dice al Mandamás
¡No! ¡Nunca! ¡Jamás!

Olivier Herrera

Soledad

Soledad maravillosa
de intimidad para mí sola,
Soledad sin alma tenebrosa
de amor y de esperanza,
de amanecer de sueños compartidos
de mirar la vida en lontananza.
Cual Pegaso cruzando los montes
desbocado, sin mirar atrás
ni a lo pasado.
Solamente buscando un infinito
sin nubes y con estrellas,
que iluminen tu camino.
Pero... fugaces son,
la soledad y el sueño.

Demetria Osado Moreno

NADIA ANJUMAN, POETISA AFGANA

Estoy enjaulada en esta esquina / llena de melancolía y pena…/ mis alas están cerradas y no puedo volar…/ Soy una mujer Afgana y debo lamentarme. NADIA ANJUMAN

Escribir y publicar en Afganistán supone una peligrosa aventura si el autor de los textos es un hombre. Si quien decide ser protagonista del mundo literario es una mujer, la situación se torna una enloquecida odisea que puede llevar a personas inocentes a una muerte segura. Tal es el caso de Nadia Anjuman, poetisa asesinada por su marido en el año 2005, que le propinó una brutal paliza cuando ella comenzó a ser conocida por sus obras. No pudo soportar que ella publicara su primer libro de poemas, titulado *Gul-e-dodi, Flor Roja Obscura,* muy difundido en Afganistán, Pakistán e Irán. Este criminal permaneció un mes en la cárcel. Ahora está libre y tiene la custodia de la hija de ambos, una niña cuyo futuro se presiente incierto (si cabe).

Herat, lugar de residencia de Nadia Anjuman, fue antaño, desde hace cinco mil años, la sede cultural y artística del país. Allí se creó el *Club literario de Herat*. Según su presidente, Ahmed Said Agigi, en los noventa los talibanes quemaron los libros, destruyeron las estatuas y encerraron a las mujeres. Los miembros del club se arriesgaron a ser torturados y a morir por escribir. El grupo era mixto, aunque las mujeres celebraban sus reuniones aparte, en un local donde podía leerse un cartel en el que rezaba: *La aguja de oro. Clases de costura para mujeres*. Entre las prohibiciones que los talibanes instauraron para las mujeres figuraban: trabajar, estudiar, reírse en voz alta y maquillarse. Eso sí, podían coser. Así que lo hicieron tres veces por semana. Bajo el burka, seis mujeres escondían los bolígrafos y el papel donde plasmarían sus escritos. Un profesor las instruía sobre autores innombrables en Afganistán, como Shakespeare, Dostoievski o James Joyce. Nadia Anjuman, la más brillante de estas poetisas, escribía versos de amor y también aludía en sus poemas a la terrible situación de la mujer afgana. Son palabras tristes, en este caso traducidas por Andrés Alfaro:

¿Por qué debo hablar de la dulzura
cuando siento yo tanta amargura?.
Oh, el festín del opresor
me tocó la boca.
No tengo ni un compañero en esta vida
¿Para quién puedo estar dulce?
No hay diferencia de hablar, reír,
Morir, ser.
Yo con mi soledad agotada.
Con dolor y tristeza.
Nací para nada.
La boca se debe precintar.

Oh mi corazón, ya sabes que es la primavera
y es momento para celebrar.
¿Qué debo hacer con un ala atrapada
que no me deja volar?.
He estado callada por demasiado tiempo.
Pero nunca me olvido la melodía.
Porque cada momento cuchicheo yo
las canciones de mi corazón
que me recuerdan el
día que voy a romper la jaula,
volar de esta soledad
y cantar como un melancólico.
No soy un débil árbol de álamo
que cualquier viento va a sacudir.
Soy una mujer afgana.
Así que sólo tiene sentido gemir.

El hermano de Nadia, Mohamad Shafi afirma: “Nadia fue una pionera, la mejor poetisa viva en Herat y se esperaba que tuviera mucho éxito”. No opinaban así todos los familiares de Nadia, ya que para algunos de ellos era una deshonra que se dedicara a la poesía. Esto no es de extrañar en un territorio donde la violación de las mujeres dentro del matrimonio está permitida.

El vil asesinato de Anjuman es el origen de la novela del escritor afgano Atik Rahimi titulada *La piedra de la paciencia,* galardonada con el premio Goncourt en 2008. Rahimi fue invitado en 2005 a una tertulia literaria organizada por Nadia Anjuman. Este encuentro no llegó a realizarse debido a la muerte de la escritora. Según Rahimi todo se silenció, aludiendo a que se trataba de un asunto familiar. En una entrevista en el periódico El País, el escritor afgano declara: “En mi país, la cultura ha sido destruida, la gente no sabe escribir, los afganos ya no saben quiénes son, el único valor es la religión..., y así no hay nada que hacer, no hay referencias sólidas".

Sobre una colina de Herat, en el camposanto de personajes ilustres, reposan los restos de Nadia Anjuman, joven poetisa asesinada salvajemente. Ante su tumba otras mujeres afganas se arrodillan. Su único delito fue amar la literatura.

María José Arques Cano

L l u v i a

e n e l

p u e r t o

Llueve el agua sobre el mar,
el puerto está solo y frío
y mientras te digo adiós
abrigo el corazón mío,
que vagando a la deriva,
cual barquita en alta mar
van tu cariño y el mío
a punto de naufragar.
Tú que cerraste mis ojos
con tus besos de pasión
para que no viera el rumbo
que tomaba tu timón.

Y yo no puedo seguirte
y tú no puedes quedarte
y el destino nos separa
y yo no puedo olvidarte.
Hasta volver a encontrarnos
ya sabes lo que te quiero.
Te deseo feliz viaje,
lo que queda de camino,
compañero.
Y mientras te digo adiós,
abrigo el corazón mío
que está lloviendo en el mar,
que el puerto está solo y frío.

Manoli Dafauce

Pensamiento y vida de un residente sin permiso de residencia

¿Qué buscas aquí, extranjero?
¿No tienes casa?

Si,
tengo casa,
pero quiero
más

… por eso
paso hambre y frío
y nadie me pregunta…
¿qué tengo para comer?
o ¿qué no tengo para
comer?

Me pregunta el poeta vecino
y le digo que
los contenedores son nuestro plato combinado,
el mar, es el cuarto de baño y el parque, el cómodo dormitorio donde estirar la nostalgia.

Por eso me pregunto… ¿Qué hago aquí donde prácticamente no hay nada que hacer?
donde la felicidad huele
a pescado
muerto.

Mihaela Diaconu

SUMARIO DEL TIEMPO

No hay batalla cotidiana que no quede
registrada en el lenguaje binario del tiempo.
(*La marca del tiempo*. Mª José Arques Cano)

IX

Cuenta la leyenda que los descendientes de la Quinta Blanca fueron los que secuestraron el tiempo. Iniciaron su peregrinación desde la antigua Mesopotamia buscando la tierra prometida, y lo que encontraron fue tiempo. Estuvieron en África y se llevaron buena porción de tiempo. Pasaron por India y se llevaron al indio negro y pasaron por América y se llevaron al indio americano y pasaron por Europa y se llevaron al indio europeo y pasaron por Asia y se llevaron al indio chino, y eso lo recoge la filosofía hinduista en los escritos sagrados de la sabiduría del tiempo

Según dicen algunos pernoctados, tiempo, es la parte más elemental que tienen las horas para apropiarse por sorpresa del instante atemporal. En ese instante temporal- atemporal, justo en el ecuador de la oportunidad, ahí se conceptualiza el tiempo.

Se puede llegar a pensar que tiempo es un rótulo inservible de la métrica universal para designar la realidad objetiva en el microespacio que me rodea. Al traspasar la barrera que hay entre mi memoria factual y mi línea temporal, justo en la parte lúgubre del intervalo y su ciclo, ahí, la Quinta Blanca escondió mi tiempo.

Yo lo veo todo en términos de tiempo y no tiempo. Como poeta, me veo temporal y atemporal con vida limitada, corta. Yo tengo ahora cuarenta y ocho vueltas de Sol alrededor del planeta tierra y eso, es tiempo.

Tiempo,
es la medida
dialéctica
del momento
oportuno
de una parodia gris,
y una
extraña
palabra

No-tiempo,
es un compás,
una espera;
una ecuación
que se pierde,
en los brazos
de
un instante.

El pensador de Susana Arquero Martín

Jesús Muguercia Correa

S o n e t o

d e

l a

l l u v i a

Cae la lluvia, cae, indiferente,
alegría del campo, estrofa de agua,
prodigio de las nubes, luz que fragua,
monótono runrún, son refulgente.
Se diluye el caserío aquiescente
acuarela del tiempo, niebla de agua,
los rescoldos esperan en la fragua,
dormitan en silencio, quietamente.

Sombras iluminadas por los soles
que resguardan la luz encajonada,
raudos silencios que absorben crisoles.

Duerme mi casa envuelta en irisada
y fluorescente luz sin arreboles,
mientras la lluvia cae enamorada.

Airam Lebasi

S i t u a c i ó n

Me quedo a veces en el filo de cualquier pregunta,
pongo un signo de interrogación con mi cuerpo,
y me dejo caer, con las telarañas de mi llanto,
cuando comienza a abrirse ineludiblemente
mi harapiento ojo contra el viento desnudo.

Digo que pongo mi deseo
y que no encuentro esquina o recoveco o sombra
donde dormir un minuto, una noche, toda la vida,
cobijado en la palabra amor,
como también en lo que significa una puerta
o una luna de piedra o un silencio.

No sé qué puede querer decir un siglo
cuando los segundos se amontonan
en el aire espeso
como un temblor que nunca se deshace,
y es cierto que me sumerjo
en el agua que cae desde los párpados
o desde los pechos o el vientre
de la melancolía.

Ahora concluye la pregunta,
el problema infinito,
y ahora desando el tiempo, la lluvia, los espejos,
y la boca cerrada como un hueco impasible.

Digo que pongo ahora,
con todas mis vicisitudes y zapatos y caminos,
mi cuerpo en el deseo
contra la ventana sin vidrios,
desde el sexo y la piel,
contra el muro
del desamor y de la soledad.

Francisco Alonso Ruiz

TOLY

Aquella mañana amaneció con el cielo muy nublado y Carla rezongó en la cama durante largo rato. No era una mujer perezosa, antes al contrario. Sin embargo, ese día, una dejadez voluptuosa la arrastraba a permanecer en su lecho mirando las nubes a través de la ventana e imaginando diversas formas que a medida que pasaba el tiempo adquirían mayor nitidez y claridad de perfiles. Un búho, un balón de reglamento, una ovejita pequeña, un barquito de papel… Las imágenes se sucedían ante sus ojos dando forma a un cuadro de extrema belleza cuyo lienzo era el cielo. El Rey León y la Sirenita la indujeron a pensar por fin en levantarse para preparar el desayuno de su hijo. Cuando su pie derecho ya casi rozaba el suelo, lo vio. Con alarmante claridad se dibujó entre los cada vez más densos nubarrones la silueta de un perrito. Era un perro precioso, como un can de anuncio. Era un cachorro. Carla, pensando que se estaba volviendo demasiado fantasiosa, se levantó y se dirigió a coger el móvil que por la noche había depositado sobre la cómoda. Se asomó a la ventana para absorber la energía del nuevo día que la vida le otorgaba y al alzar la mirada observó como la nube-cachorro movía graciosamente el rabito…

La jornada fue dura y bastante complicada. Carla tuvo turno de tarde en el hospital, lo que implicaba llegar a las tres al recinto laboral ya muy cansada debido a la agotadora huella de los aconteceres cotidianos. Decidió comer en el centro hospitalario, así que llegó muy pronto a su puesto. Cuando abrió la puerta de la Centralita de teléfonos, contempló que una de las trabajadoras sociales del hospital hablaba con sus dos compañeras telefonistas. Carla se encontraba en ese momento demasiado enfrascada intentando solucionar un problema de la asociación cultural a la que pertenecía. Discutía a través de su móvil al tiempo que revisaba unos documentos sentada sobre uno de los sillones que formaban parte del mobiliario del servicio de Centralita. De pronto, aunque resultaba difícil escuchar lo que sus compañeras decían, oyó una voz muy clara y contundente. Se trataba de Cris. Llevaba varios días llorando porque ya había pasado un mes desde la desaparición de su pequeña Nina. Contactaba a menudo con la Sociedad Protectora de Animales de Alicante, por si habían llevado allí a su perrita.

-¿Es la protectora de Alicante? Pues hay varios cachorros que acaban de llegar. Uno de ellos tiene un mes. Lo sé porque llamé ayer mismo.

Y Carla, que bajo ningún concepto había pensado tener un perro en esos momentos porque ya tenía sobradas obligaciones, alzó la mirada y dijo:

-Yo estoy interesada en un cachorro. Por favor, dame el número y llamaré a lo largo de la tarde.

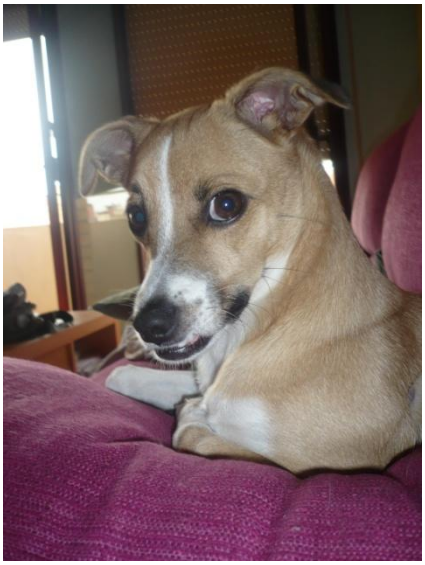
Cris le dictó el número de teléfono y Carla ni siquiera esperó a que sus compañeras se marcharan. Llamó inmediatamente al albergue de animales y quedó con la encargada en que iría al día siguiente. Iría acompañada de su hermana, María y de su sobrina, Margarita, ya que ellas también se ocuparían del cachorrillo.

Aquel sábado amaneció para las tres con una luz especial, con una alegría renovada. De camino al albergue eligieron el nombre de la que iba a ser su mascota. Se llamaría Toly, en honor a Tolo, padre de Carla y María y abuelo de Margarita, ya fallecido hacía tiempo.

Asistir a un lugar como ése no era del todo agradable. La compañía de los animales resultaba muy grata pero, en su mayor parte, éstos se mostraban tristes y ansiosos. Aunque allí gozaban de muchos cuidados, todos querían ser adoptados. Se acercaban a los visitantes ladrando o maullando con fuerza, como intentando llamar la atención. La cuidadora mostró a las tres absortas visitantes todos los perritos que habitaban en el exterior del recinto. Estaban a punto de llevarse un diminuto cachorro de Yorkshire, que estaba siendo acosado por otros canes mayores, a petición de

Margarita que estaba aterrada y quería protegerlo, cuando Carla mencionó la llamada del día anterior. Entonces, la encargada del lugar las llevó a las dependencias interiores y las introdujo atropelladamente en una habitación donde tres preciosos cachorritos lucían sus pipís y sus caquitas por el suelo. Dos de ellos se mostraron alegres y alborotadores. Intentaban comerse las hebillas y los cordones de los zapatos de las tres rescatadoras de perros que, nerviosas, emitían sus quejidos tras sentir en sus dedos los pequeños mordiscos. Al punto, Carla y Margarita pusieron nombre a los dos bandidos y ya les reñían llamándolos por su nombre:

- ¡Lucas, no me muerdas más!



- ¡Bartolomé, estate quieto!

Sin embargo, a pesar de que estos dos canes fueron los primeros que entablaron una relación con ellas, sabían que Toly era el otro perrito restante. Desde su manta cuadriculada, el cachorro observaba la escena temeroso. Se mantuvo quieto y tembloroso todo el tiempo, hasta que Carla se acercó a él y lo cogió en brazos. Aunque el animal mostró su recelo protegiendo su cuerpo en posición fetal y mirándola de reojo, los dos sabían que una gran amistad había comenzado. De los brazos de Carla, Toly pasó a los de Margarita y luego a los de María y así, alternando los cariñosos brazos de sus tres amas, salió de la Sociedad Protectora de Animales encaminándose hacia el que iba a ser su hogar.

La vida de este can, mezcla de chiguagua y pinscher, transcurrió feliz y tranquila con esta familia de adopción que lo colmaba de atenciones. Un día, paseando con Margarita por el barrio, Toly se puso muy nervioso. Comenzó a dar unos extraños saltos; cabrioleaba con tanta fuerza y movía el rabo con tanta insistencia que Margarita pensó que le había dado un ataque perruno o algo similar. Pronto se conocería la razón de tanto alboroto. Una perrita preciosa se iba acercando con el consiguiente desmelene de Toly, que parecía al borde de un síncope canino. Los dos perritos se lamieron y se abrazaron efusivamente durante mucho tiempo mientras sus cuidadoras hablaban. Margarita se enteró de que Chiqui era también una mezcla de pinscher y chiguagua. La pequeña perrita tan sólo tenía dos meses.

Los encuentros entre Chiqui y Toly se fueron sucediendo de continuo como en los preliminares de un acto amoroso que cada vez se vislumbraba con mayor claridad. Los efusivos lametones de la pareja les dejaban exhaustos y llenos de complacencia. Un día, sus respectivas amas decidieron dejarles llegar más lejos. Y así, Toly y Chiqui hicieron el amor con la correspondiente supervisión de sus dueñas por lo que pudiera suceder, pero respetando la intimidad de los amantes, que gozaron del encuentro amoroso con sobrado deleite.

Esta mañana Carla ha despertado con el sonido de un cuenco tibetano en sus oídos, como si alguien en su habitación lo estuviera tocando. Sobresaltada, se ha incorporado y al mirar al cielo por su ventana ha visto cinco diminutas nubes en forma de cachorritos de perro que movían la cola al unísono. Ha acudido a la habitación de Toly y acercándose a una de sus orejitas le ha dicho muy quedamente:

- ¡Enhorabuena, vas a ser papá!

María José Arques Cano

N o s t a l g i a

El espíritu se sumerge
en desazón melancólica.
Sombras que me asombran
me envuelven pertinaces
nublando mi entendimiento.
Son vigilias emboscadas,
zarzas que laceran el alma,
que fueron nieblas de olvido,
duermen entre lobos,
ocultos rincones de espinas,
impenetrables
que languidecen con la distancia.

Perdida por los desiertos
camina tu esencia de noches y albores.
No alcanzo su rumbo.
La vida cobra dudas,
lluvia invisible
para el corazón que aguarda.

En lontananza el cielo pone límites
a los pies trabados por el tiempo
que siguen tus huellas.
La mirada ausente,
ojos plenos de imágenes,
niebla,
lágrimas,
altar desolado, sal sin océano,
heridas con grilletes
que atenazan la espera
perdida allá donde no estabas.

Cuenta a cuenta,
paso a paso
los días forman rosarios,
huracanes capaces de empujar rastrojos
en las eras sin fruto
de la esperanza.

¡Cuántas lunas por mis ojos que te buscan!
¡Cuántos mares de olas solitarias!

Un inmenso afán llena mi dicha
al recobrarte.
Espejismo infiel, imagen engañosa,
tú no estabas,
sólo sombras cubrían la noche.
Sigue la nostalgia enroscada en mis entrañas.
Algún día volveré a recobrarte,
mientras, el agua arrasa mis ojos,
resbalan por mi rostro,
pertinaces,
baguas y más *baguas.*

Airam Lebasi

D e s p e r t a r

d e l

s u e ñ o

¿Será el viento la rabia del pistilo
el quejumbroso oficio de las alas
el párpado resuelto a la esperanza
la cripta sorprendida por el fuego?

¿Serán las comisuras de la boca
marjal donde conversen los silencios?

El viento morderá las carreteras
las hará senda nueva, cántico primero
y los ojos serán reconstruidos.

¿Sabrá mi corazón precipitarse
al sagrado vacío de las cosas
a la hora precisa del instante
al misterio sublime del incendio?

Y quién entenderá mi singladura extraña
con el candil a cuestas
y el despertar del sueño.

Julia Díaz Climent

LOS FETOS DEL MAL ENLAZADOS

Los fetos siameses dormitaban en la paciente soledad de su vida uterina. Al sosiego del claustro materno ambos se observaban en actitud interrogadora. Uno, de apariencia robusta y de talante bribón, envenenaba el espíritu de su deudo enlazado con una inquisidora y fría mirada. El otro, frágil, de apariencia benévola y afable, sentía en su alma el dolor que producía la malvada contemplación.

El feto frágil se movió en su lecho y pronunció la palabra *hermano*. Aquel vocablo llegó con tanta humildad al feto vil que por un momento, una plegaria de amor le perforó el corazón. Incómodo por la primera muestra de cariño que había recibido de su consanguíneo más allegado, otra mirada malvada lanzó al hermano materno y un aliento helado de odio fustigó su más encendido rencor visceral.

Así, entre discrepancias, conflictos, rencores, odios, fobias, ternuras, pasión, veneración y amores, transcurría la vida de los hermanos siameses. Unidos por el mismo conducto, en uno, el amor buscaba un cauce común, en el otro, el odio latente culpaba a su semejante por la deformidad.

Una mañana, cuando el resplandor dorado del alba rumiaba el despertar de los hermanos enlazados, se enfrentaron a una riña sin par disputándose la prioridad de la salida hacia la luz exterior. El hermano débil luchó en una disputa sin igual como jamás se hubiera visto a feto alguno. Sus brazos, enclenques, débiles y distróficos, no lograron imponerse al robusto hermano que, en la lucha, pudo someter al débil a los caprichos de su egoísmo vencedor y así, el fuerte venció al débil en la prioridad por salir de la oscura babosidad materna.

El feto malo abrió los ojos y pudo ver los rostros complacientes que lo observaban. Su cabeza, desde la cavidad vaginal de su progenitora, sintió los efectos de la euforia cuando se llega a la natalidad por una nueva vida. Le llegaba del exterior el murmullo de satisfacciones vecinas y la palmada paterna y amiga le hizo desviar la atención. Tuvo la sensación de oír música de festividad y mientras se complacía en la intimidad de la melodía, un pensamiento mezquino no dudó en realizar. Con la fuerza salvaje de feto malvado, comenzó a patear al hermano pegado para desprenderlo de su abdomen. Forcejeo en un ejercicio ruin para separarse del hermano siamés pero la intención le fue inútil.

Con impronta dificultad salió el hermano débil con claros vestigios de la zurra a que su allegado lo había sometido. Con todo el cuerpo lastimado, una expresión de asombro le llegó a su alma cuando el primer grito de terror se sintió en el salón por el nacimiento de aquellas pegadas masas de carne. Experimentó con asombro el miedo en la expresión de quienes lo miraban. Reparó, a flor de piel, la expresión de asco que causaba su nauseabundo estado. Unidos por un ombligo vulgar, el siamés débil se inclinó a una profunda tristeza, un sentimiento desesperado de dolor le hizo abrazar al feto malo y dijo aquellas antiguas palabras: *hermano*. Buscando consuelo en su deforme semejante, inclinó su cuerpo al hermano perverso para duplicar su imagen con los destellos opacos de un frágil espejo de luz.

Jesús Muguercia Correa

BING - BANG

El lugar del que os cuento es el punto de donde brota la vida misma, o su consecuencia –dijo Secundina al resto de los oyentes.

No lo creo –respondió Segundón –de ese lugar no proceden las consecuencias, sino más bien las causas; pero no tengo ganas de discutir… Mucho divagamos y no conseguimos aclarar la cuestión que ha provocado esta inquietud. Todo lo que conocemos está amenazado, o lo que es para nosotros reconocible, puede desaparecer. ¡No sabemos muy bien de qué manera ni por qué motivo, nuestra realidad ha comenzado a resquebrajarse! ¡Y todo por no tener respuestas!... Hasta ahora poco ha importado, pero hoy estamos conmovidos, perturbados y asustados sin saber qué es lo que nos sujeta y arrastra imperceptiblemente nuestras vidas.

¡Reflexionemos!... –propuso el sabio Horacio –debe tratarse de algo invisible que escapa a la comprensión y al pensamiento.

¿Pero cómo? Si vivimos y lo estamos contando ¿no será algo que existía y se manifiesta de manera inédita? –sugirió el impaciente don Temprano.

¿Y no será algo que ya existía y nos amenaza por ignorado? –matizó vacilante Vespertina.

Sea lo que sea, es de gran trascendencia y no deberíamos tratarlo a la ligera –propuso don Instante.

Debemos consultarlo con el Gran Gobernador –apoyó el joven Síncrono, algo nervioso –. No parece un tema para ordinaria Asamblea.

Hagamos llegar el asunto a nuestro notable Gobernador –concluyó la venerable señorita Era- indicando al taquígrafo que tomase buena nota de ello.

Cuando la reunión finalizó corrí hacia mi amada Hégira, que caminaba en compañía de Evo y Fase con manifiesta preocupación por lo tratado en el comité. Pensaba Evo que algún tipo de flujo nos arrastraba con tal fuerza vertiginosa que podría destrozarnos.

Puede ser –respondía Hégira –pero ¿por qué no sentimos siquiera su presencia?

Ese puede ser su gran poder de destrucción –aclaró Fase, tembloroso– el peligro está en que su paso es mudo, silencioso.

Estamos un tanto asustados –opiné-, poniendo un poco de aplomo a la situación; no conocemos todavía sus consecuencias.

Hégira me miró con ojos complacidos, agradecida por mi aparente serenidad.

Es cierto lo que dice Lapso, sólo notamos que algo está cambiando en nuestras vidas pero todavía es pronto para juzgar si el cambio nos perjudica o no.

Nos deshicimos de Evo y Fase tan pronto pudimos para quedarnos solos. Hégira me miraba de forma especial, invitándome a seguirla. No me costó nada mostrarme un Lapso osado que sabe esperar porque sabe lo que quiere. Caminamos aún zigzagueantes trechos de estrellas, retrasando la llegada a su casa. Para entonces, ya la había besado por primera vez y, de la mano, la llevé de nuevo hasta su madre, la respetable Época, para que la cuidase hasta que yo me hiciese cargo de su eterna felicidad. En los resplandores sucesivos el amor creció y creció. Estuve muy ocupado con Intervalo y Ciclo, trabajando con denuedo para redactar las pruebas y exposiciones a plantear ante el Gran Gobernador. Cada grupo del Consejo y de la Asamblea anotaría los cambios acaecidos en nuestro mundo y en nuestras vidas, y notificaría el recién estrenado amor entre Hégira y yo; o entre Vez y Plazo, así como entre Fase y Ritmo. Nunca se habían visto tantos enamoramientos; sospechábamos que aquello también tendría que ver con el motivo de la cuestión que le íbamos a plantear.

Otro tipo de informes surgieron. Había amores pero también desengaños y decepciones entre quienes antes siempre habían sido fieles. Algunos casos que bautizamos “desajustes armónicos”, llevaron a Proceso, Turno y Coyuntura a un estado que hacía temer por su continuidad, tal y como los recordábamos. Estaban tristes, apáticos y desanimados y temíamos la posible propagación de sus síntomas.

La investigación y la elaboración de datos fue labor ardua y concienzuda para todos. No podíamos acudir ante el Gran Gobernador sin documentar exhaustivamente los motivos de la consulta. Reuniones y cónclaves improvisados aportaron pruebas significativas que fundamentaban nuestras dudas. Al Gran Gobernador le enojaba la ambigüedad en las consultas pues agitaba su particular comprensión de las cosas y esperábamos que una buena exposición de los acontecimientos le facilitase poner remedio a la acuciante situación.

No me sentí alarmado por los rumores hasta que corrió la voz de la desaparición del valiente Vencimiento; algo tan desconocido y sorprendente que nos dejó perplejos. Entonces nos sentimos vulnerables y aceleramos las diligencias en las indagaciones cursando una propuesta a nuestro Gran Gobernador, para que adelantase Su sabia audiencia y pasara a considerar la Asamblea tan extraordinaria como urgente.

Mientras tanto, sucedían hechos inexplicables. El enérgico Rato fue cayendo en tal cansancio y desgana que sólo el descanso llenó su existencia. Las piernas de Etapa, tan resueltas, comenzaban a fallar, impidiéndole caminar como acostumbraba. Ocasión y Oportunidad, sin embargo, se sintieron más vitales. Hégira y yo, unidos por el amor y el desconcierto, procurábamos vernos cuando nos era posible.

Faltaba poco tiempo para la gran Asamblea Extraordinaria cuando supimos que el Gran Gobernador no la presidiría solo. “Otro Gobernador” hasta entonces desconocido, un tal Cosmos, acudiría también a las consultas. El asunto parecía grave. Hasta ahora el Todopoderoso Caos se había ocupado de nuestras vidas sin más ayuda ni asistencia. Debíamos de estar en verdaderos aprietos para que alguien tuviera que venir a ayudarle. Nadie había oído hablar jamás de Cosmos ¿Qué otro confín gobernaría?

Tal vez se trate tan sólo de una visita –apuntó Turno –ajena a lo que sucede.

Es posible –corroboró Fecha –no sabemos si es casual que nos visite.

¿No creéis que ese tal Cosmos tenga algo que ver con lo que nos está sucediendo? –dijo astutamente Dilación-, poniéndonos a todos de los nervios…

No lo creo –clamó el experimentado Período– ¿No será más bien que Caos le invita a la Asamblea porque ese Cosmos trae soluciones? Guardamos silencio. Nadie tenía respuestas; desconocíamos las preguntas y ése era el verdadero problema. Nos sentíamos más unidos que nunca y envueltos en un fulgor más intenso; una blancura cegadora nos abrigaba, dándonos un mayor sentido de Hogar. A veces, al rozarnos, enérgicas chispas fulguraban rutilantes, compitiendo con las estrellas que parecían más próximas y relucientes. Sí, sin duda, Gran Caos nos abrazaba con amorosa protección, porque conocía nuestro desasosiego. Todos los cuerpos, celestes o no, estábamos más próximos y abigarrados que antes, más amparados en Su calor porque padecíamos de incertidumbre y bullíamos en desconcierto. Nuestro Gran Caos nos brindaba así Su apoyo y protección, envolviéndonos en un mar de tranquilidad, hasta ser una gran “sopa de luz”, cada vez más densa y espesa, más cómoda y familiar.

Por fin la Asamblea se inauguró. Confluíamos todos en un pequeño punto, en ceñido contacto unos con otros. Nadie faltaba. El venerable Eón, con su radiante báculo, caminaba solemne por el círculo que todos rodeábamos. Dio tres golpes contundentes; salieron rayos y estruendosos truenos cuando anunció la entrada del Gran Gobernador. Se abrió la Puerta de los Destellos, y apareció Él, pisando un suelo plagado de supernovas y grandes galaxias que revoloteaban vertiginosas iluminándole.

Hégira apretó mi mano contra su pecho, conmovida por la Majestad y el Poder que arrastra tras de sí el Gran Caos. Con una fuerte sacudida, que nos hizo brincar como bolas de luz, apareció a su lado alguien que no le podía envidiar ni en Excelsitud ni en Autoridad.

El Gran Caos se complace en dirigirse a sus súbditos, anunció Eón, abriendo la Asamblea como es costumbre.

Mis fieles criaturas –dijo el Gran Caos– conozco los motivos que han convocado a esta Asamblea extraordinaria; no me han sido ajenas vuestras zozobras y desvelos y quiero explicaros el Nuevo Acontecer que se aproxima.

Un fuerte murmullo apagó la voz del Gran Caos. Me quedé inmóvil ante las extrañas palabras “Nuevo Acontecer”; ¿qué era eso? Intuíamos en el tono de su voz un imperativo de sumisión, de algo que escapase incluso a su Gran Poder y Voluntad.

-Me acompaña el Gran Gobernador Cosmos (nuevamente se alzó un murmullo que Caos no impidió). Cuando se hizo el silencio, habló de nuevo: ignorabais la existencia de Cosmos; sólo reconocéis mi Poder. Ahora Yo, Caos, os lo presento para que Le sirváis y reconozcáis como Gran Gobernador de vuestras existencias, porque “Así debe ser”.

Las expresiones de extrañeza y alarma fueron acalladas con el sonoro trueno del báculo de Eón, que gritó con autoridad “¡silencio! el Gran Caos no ha terminado su declaración”, dándole la palabra de nuevo a Caos que nos miraba comprensivo.

Deseo que conozcáis al Gran Cosmos –continuó– con quien gobernaré a partir de ahora conjuntamente y con quien compartiréis Sus Leyes, junto a las Mías…

¿Qué leyes son ésas que debemos cumplir que no son las vuestras Mi Señor? –gritó una voz alarmada desde el fondo de la sala.

Ciertamente no son Mis Leyes; así es –respondió Caos con condescendencia –pero os hablo de un “Nuevo Acontecer” en que será necesario que las Leyes de ambos trabajen juntas, incluso que se alternen y convengan su acción.

Transcurso, Intervalo y Era se pusieron en pie, comenzaron a preguntar al unísono y no pudimos entender lo que decían. Ritmo y Suceso se empeñaban en tranquilizarlos y acallarlos para que Caos pudiese continuar el discurso. Caos cedió la palabra al Gran Gobernador Cosmos, quien intervino por primera vez.

Es cierto lo que os anuncia vuestro Gran Gobernador Caos –comenzó, solemne y con tranquila voz– a quien servís tan fervientemente, lo que os honra. Hasta este punto Sus Leyes han sido imprescindibles para vuestra existencia; pero, a partir de esta Asamblea, van a ser necesarias las Leyes que yo represento para la continuidad y el desarrollo.

No comprendíamos nada, más bien el miedo empezaba a apoderarse de algunos de nosotros; atacados por súbitos desmayos, unos eran atendidos por otros que se perdían el hilo del discurso. La calmada voz de Cosmos ponía orden en nuestros conocimientos y corazones. Poco a poco Su fuerza iba penetrándonos conforme nos daba sosiego y se explicaba: … Si hasta aquí la existencia requirió de la sabiduría y el dominio de mi buen amigo Caos, no temáis que Mis Leyes os perturben, pues he de prevalecer y velar por vosotros en el nuevo espacio. Así como únicamente Caos os ha gobernado hasta aquí, es preciso comprender que con el “Nuevo Acontecer” al que nos aproximamos, necesitáis de ambos Gobiernos y de nuestras Leyes para una feliz existencia.

Lo que os dice Cosmos es más que verdad –intervino Caos. Hasta este punto Mi Ley ha sido la pureza del Desorden, la exquisita homogeneidad indiferenciada de las Fuerzas Cósmicas en actividad conjunta; a partir de lo que va a suceder, Mi única Ley os destruiría con su Poder sin ningún propósito. Se empiezan a sentir esos efectos por lo reflejado en los informes y no es más que el preámbulo del Cambio.

A estas alturas ya comprendíamos todos mejor a qué se refería nuestro amado Caos y, con más serenidad, le escuchábamos con atención y gratitud.

Mi Ley no viene para destruiros –intervino el Gran Cosmos – sino para aportaros un equilibrado Orden, una proporcionada heterogeneidad que dé mayor sentido a vuestras vidas y unas pautas de las Fuerzas Cósmicas que eviten la aniquilación sin medida ni finalidad.

¿Y de qué manera se dará ese cambio en el Poder? –preguntó el sabio Horacio, conocedor de que cualquier cambio implicaría permutas y transfiguraciones, cosas que no todos alcanzábamos a comprender.

Es mi voluntad que en agradecimiento a vuestra lealtad y esmero, seáis informados de los pasos del proceso –anunció Caos –y por ello os quiero presentar a quienes serán los artífices del nuevo estado de vuestra existencia.

El Gran Gobernador Caos levantó la mano, haciéndole una regia señal al fiel Compás para que abriese la Puerta de los Profundos Agujeros Negros, arrancándonos una unísona exclamación de asombro. La apertura de la terrible y poderosa Puerta,

único lugar en el que no existía la abarcante Luz, nos producía una inmensa inquietud. Aparecieron dos siluetas, esbeltas y solemnes, caminando con etéreo paso hasta inclinarse en sumisa actitud de respeto ante los Grandes Gobernadores Caos y Cosmos. El Gran Caos los presentó ante la Asamblea: “Son Principio y Eternidad, cuyas existencias siempre han permanecido juntas; aunque ninguno de vosotros los conocíais, sabed que por su proximidad en este nuestro “Punto de Singularidad”, ha sido posible vuestra existencia con Mi Gobierno”.

Eternidad era bella, inagotablemente bella y de elegantes movimientos. Tomaba con delicadeza la mano de Principio, un robusto y saludable muchacho con una frescura crepuscular en el rostro, que se mostraba vital y curioso observándonos a todos en el círculo de arrebatadora Luz que componíamos. Caos le cedió la palabra a Cosmos:

Ellos son la inseparable pareja que ha convivido en todo lugar hasta donde alcanzan vuestras miradas –comenzó a decir Cosmos- el “Nuevo Acontecer” del que os ha hablado Caos tiene que ver con ellos…

Todo lo existente, lo que conocemos, se ha mantenido bajo el gobierno del Gran Caos sin mayor dificultad –dijo Cosmos- pero a costa de que nada más se manifieste. Todo permanece encerrado en este Hogar Singular que os alberga, pero sin la posibilidad de que exista una auténtica Creación que nos sorprenda y se descubra a sí misma en todo su potencial. Ni siquiera nosotros mismos nos podíamos conocer sin desplegarnos en nuestra totalidad y auténtica función –añadió-. Y nos puso un ejemplo que resultó harto complicado para nuestro limitado pensamiento y comprensión.

Época se atrevió a concluir, interrumpiendo al propio Cosmos, afirmando que nuestra lealtad al Gran Gobernador Caos era suficiente para aceptar lo que Él nos propusiese sin reparos.

Así es –interrumpió mi amada Hégira–, ahora también nuestra lealtad es para vuestra Excelencia, Gran Cosmos; le debemos lealtad y fidelidad por petición de nuestro Gran Caos.

Apoyamos con fervor la postura de Hégira y aceptamos las Voluntades de quienes sabia y poderosamente regirían nuestra existencia. Eón, siempre solemne, levantó con satisfacción su báculo invitándonos a calmarnos y dejar que así se conociese, por boca del propio Caos, lo que de nosotros se esperaba.

Siendo así –carraspeó Caos conmovido por la armonía que hacia Él y hacia el propio Cosmos manifestábamos–, desde aquí comenzaremos el venturoso viaje que modificará convenientemente nuestras existencias, según necesidad de manifestación. Muchos tardaremos en volver a vernos, pero todos estaremos en un espacio más amplio y compartido según las Leyes que Cosmos, y yo mismo, combinemos para mayor gloria de todo lo existente.

Viendo Cosmos cómo un sentimiento de emoción contenida se apoderaba de la garganta de Caos, continuó en su sitio diciendo con solemnidad y gran potencia de voz: “A partir de AHORA, Principio y Eternidad separarán sus manos y marcharán a extremos opuestos, desplegando entre ellos el más grandioso y fascinante ESPACIO”.

Principio y Eternidad soltaron sus manos y caminando sin volverse, desaparecieron por opuestas puertas de la sala de la Asamblea, del Punto de Singularidad que ocupábamos. Gran Caos se levantó con excelsa majestuosidad e invitó a Gran Cosmos a que le acompañase y todos nos pusimos en pie por respeto hacia ambos.

Gran Caos proclamó: “A partir de AQUÍ es donde surge lo que será conocido como ESPACIO-TIEMPO”.

Un indescriptible fulgor lo encendió todo. La Luz invadió los confines y fuimos poderosamente diseminados. Sé que aquello que Cosmos llamó CREACIÓN, se puso en marcha y que yo, Lapso, tengo un breve pero importante papel en ella.

Antonia Cuenca Piqueres

A Vicente Ferrer que partió de este mundo el 19 de Junio de 2009

Háblame de fronteras

Háblame de fronteras abolidas
bajo el látigo inmortal
de la ternura.
Todas.
Las todopoderosas fronteras
de los mapas,
maldiciones
de líneas asesinas.

De blanco luto

De blanco luto nuestro corazón rebosa
pues ha tornado a la luz un bodhisatwa
un hombre santo, generoso.
No lloremos, que no se ha ido
no puede irse jamás un hombre
con las manos tan llenas de ternura
y el alma tan llena de grandeza.

Desvanecidas son
detrás de tus sandalias,
heridas de amor,
que es la mayor herida.
Tan lejos las vi,
mas tú en la cercanía
las convertiste
en estériles gusanos,
argucias indecentes
extrañas a tu vida.

Mahatma, Alma Grande fue.
Por las mismas tierras que hollaron
los benditos pies de Ghandi
transitaron sus manos.
Nos deja todo, siembras, cosechas
silencios cargados de proyectos
la alquimia eterna de las obras.

Háblame de fronteras,
de todas,
también de la que va
del hombre a su comida,
del niño a las escuelas,
del pozo a la sequía,
del intocable al hombre libre,
del hombre al hombre,
sin tapujos,
solo ojos y manos
mensajeras.

Cada cuerpo que tocó nos queda
cada acto de amor nos acompaña
cada proyecto humano
cada árbol plantado
cada niño sentado a una mesa
de comedor o de escuela.
Cada palmo de tierra cultivada
cada boca humana alimentada
canta su nombre, canta
hasta el fértil silencio de la gratitud.

No sé si hay Dios arriba
en las estrellas,
mas sí sé que Dios
se llamaba Vicente,
y anduvo conmutando,
rotundo, las fronteras.

Qué no se ha ido, qué no
que sigue infatigable laborando
laborando al otro lado con los devas.

Julia Díaz Climent ***Mercedes Rodríguez García-Olías***

T

Todo cuanto viví vive en mis huesos.
Todo cuanto sufrí llena hoy mis venas.
Todo aquello que grita en mis almenas.
Todo el dolor bebido en mis excesos.

O

Todo lo que ignoré de mis regresos.
Todo el sabor que tuve en mis colmenas.
Todo el olor de rosas y azucenas.
Todo cuanto he llenado con mis besos.

D

Todo aquello que fue por mí querido.
Todo lo que rompí sin darme cuenta.
Todo lo que ensucié de cualquier modo.

O

Todo aquello que tuve y que no olvido.
Todo lo que me habita la osamenta.
Todo lo que ya fui o que soy, todo.

Francisco Alonso Ruiz

EL LIBRO DE SAORO (2ª PARTE)

Retrato de Tupac Amaru II

Intrigado Arturo por el libro que le diera su abuelo se acomodó en su sofá y continuó leyendo: “Cuando Albarrado llegó en el verano austral de 1.786 a la hermosa ciudad de La Concepción, en Chile, confiado en encontrar a Vicente, quedó muy sorprendido y contrariado. Cuando preguntó por él a los antiguos compañeros de armas del militar, éstos apenas sabían nada, sólo que un buen día desapareció. Según parece hacía ya muchos años de ello. En algunos casos le dieron por muerto; en otros se decía que debió de partir para alguna misión más al norte de las indias.

Albarrado se encontró desconcertado, tanto, que sobornó a ciertos funcionarios para intentar localizar al hermano del sacerdote, pero solo consiguió un comentario discreto: “Yo lo buscaría por el Virreinato de Perú, en Lima”.

El noble, preocupado por la situación, decidió quedarse en la ciudad durante algún tiempo a la vez que enviaba una carta al “Barón Negro” exponiéndole sus preocupaciones.

Éste, en la península, decidió ponerse en contacto con su amigo y socio en la conspiración: Ravanema, quien era a la vez amigo íntimo de Albarrado.

El Barón propuso financiarle el viaje para que ayudara al primer enviado en la búsqueda de Vicente. Estaba claro que una misión comercial de alto nivel no levantaría sospecha alguna sobre su cometido: A la amante de Ravanema la hizo pasar por su mujer. Y a sus hijos ilegítimos, como dependientes.

Y así, todos juntos partirían desde Cádiz.

Al cabo de unos meses desembarcaron en la ciudad chilena donde Albarrado les esperaba para acompañarlos a la hospedería donde él mismo se encontraba alojado.

Ya instalados en una discreta taberna del centro de la ciudad, Albarrado le expuso la últimas novedades a Ravanema. Por su parte, éste le comentó que había hecho aquella ruta, la de Perú, por mar, varias veces. Y aunque fuera menos peligroso que el trayecto por tierra, llegar a Lima podría ser algo más sencillo.

Debatían todo esto a la caída de la tarde, sin sospechar que el encuentro con Vicente estaba muy cercano.

Aunque estaban lejos de saber que Vicente ya no existía legalmente, pues oficialmente era Antonio: un corregidor nombrado por el Virrey del Perú, a la par que rico comerciante. En realidad era un espía al servicio de la corona española, que en sus inicios se relacionaría con corruptos funcionarios y conspiradores sin muchos esfuerzos.

Vicente, entonces, era adicto a la aventura, a las mujeres, al dinero fácil, y a traficar con esclavos, donde se movía como un pez en el agua.

Pronto, a los escasos recursos de que le dotara el Virrey con su sueldo de Corregidor, se le añadirían de manera notable los beneficios de sus muchos negocios, de tal manera que le apodaban con el nombre de “El Marqués”. Tanta fama alcanzó, que el Virrey lo mandó llamar un buen día, recriminándole su actitud más decantada a los beneficios económicos que a las delaciones e informaciones confidenciales a la Corona.

En uno de estos encuentros el Virrey le dijo: - ¡Pero cómo un militar de su rango es capaz de acumular tanto! ¡Yo le envié a espiar a los insurrectos, no a que se hiciera rico!

Vicente aguantó el embate dialéctico en silencio, pero cuando el Virrey calló, le rebatió el argumento con una magnífica exposición:

- Excelencia, bien sabe como yo que los insurrectos respetan mucho a los nobles y más poderosos; no así a la soldadesca, de la que desconfían siempre y, además, si pueden, no dudan en asesinarla. Por eso me esforcé en demostrar que siendo rico y noble, puedo ser uno de ellos. Y creo que mis últimos “trabajos” le han sido muy útiles a su excelencia.

Vicente se refería a Tupac Amaru Segundo, un caudillo indígena que casi consiguió derrotar a las tropas realistas. Gracias a su intervención pudieron capturarlo y ajusticiarlo de manera horrible para escarmentar a los que intentaran otra aventura independentista.

- Sí... Sí – contestó un poco desconcertado el Virrey – Es cierto... pero ¿no teme que alguien lo reconozca y lo delate? No me gustaría perderlo.

- No se preocupe su excelencia, sé a lo que me expongo- le dijo con cierta incomodidad.

- ¡Bien! -prosiguió el Virrey- doy por zanjado este asunto. Pero en realidad, mi requerimiento era por otro tema.

Entonces fue hacia su mesa y cogió un trozo de papel arrugado donde figuraba un nombre, para, a continuación, mostrárselo a Vicente.

- ¿Le conoce?

- Sí, coincidimos varias veces en el puerto y somos, simplemente, conocidos.

Sé que es un importante terrateniente nativo con inclinaciones anticolonialistas, pero sin llegar a colaborar con ellos. Eso sí que lo sé con certeza; no he detectado en él ningún comportamiento extraño o sospechoso, -le confesó al Virrey.

-Lo decía porque nos llamó la atención que ese nativo siempre tuviera recursos, tanto si la cosecha le iba bien, como mal. Tanto como para pagar los abusivos impuestos, como las altas tasas del puerto. Siempre responde con solvencia; es como si pudiese fabricar Él mismo el dinero cuando lo necesita.

Le quería pedir que lo investigara a fondo, no me importa lo que tarde o el tiempo que le lleve, el caso es salir de dudas. No vaya a ser que esté financiando al enemigo sin que nosotros lo sepamos.

- Entiendo. Cumpliré esta misión, aunque descuide otras – puntualizó Vicente.

- ¡Le relego de cualquier otra misión atrasada! Céntrese en ésta, y aclarémoslo de una vez– sentenció el Virrey haciéndole un gesto para que se marchara. Cosa que hizo, cuando dos de los lacayos del noble abrieron las grandes puertas para que Vicente abandonara la estancia.

Al cabo de un par de semanas, Vicente se había convertido en el mejor amigo del anciano indio Pantaleón (el rico terrateniente al que debía investigar).

Juntos se asociaron para participar en la subasta para la explotación y distribución de la canela en aquellas tierras cercanas a la hacienda del nativo, cosa que consiguieron con cierta facilidad (en parte por la secreta intervención del Virrey).

Pasaron los meses y la relación entre los dos hombres se fue haciendo cada vez mayor. Tanto, que una mañana hablando distendidamente con él, Pantaleón le confesó poseer en su hacienda la mayor de las joyas que para él existiera.

Movido por la curiosidad y la esperanza de que aquel pequeño indio por fin le desvelara la procedencia de su presunta fortuna, le preguntó:

- ¿A qué joya os referís?

Entonces el anciano, entornando sus achinados y viejos ojos con un aire de misterio, contestó:

-Espero que aceptéis almorzar hoy en mi hacienda. En ella os espera la respuesta.

Intrigado, Vicente aceptó agradeciendo la deferencia. Sospechaba que aquella invitación nada tendría que ver con desvelar el misterio. Y así fue.

Al llegar al porche de la hacienda, unos criados nativos llevaron los caballos a las cuadras, al tiempo que una pequeña y bien proporcionada mujer salía a recibirles. Su lisa y abundante melena morena enmarcaba un rostro delicado, de párpados rasgados

y ojos muy azules. Su delgadez no estaba exenta de finas curvas. A pesar de su recio vestido de lana, sus jóvenes pechos, despuntaban al cielo celebrando el firmamento.

Para Vicente aquella joven era una diosa que le dejó sin palabras. La mujer más hermosa que pudiera imaginar.

Por su parte, el anciano le presentó a su hija de esta manera:

- Le presento a mi joya, de la que ya le hablé: Narciza.

- Padre me va hacer ruborizar. Su voz resaltaba aún más su indiscutible feminidad

Vicente sólo hizo un gesto de educado y fino besamanos, pero no acertó a articular frase alguna, de tal manera, que Pantaleón entendió, por anciano, lo que sucedía.

Finalmente, el militar pudo responder:

- Pantaleón, creo que la belleza de su hija supera todo lo imaginable.

- Me abruma, caballero- le dijo Narciza espontáneamente.

- No era esa mi intención, señorita. Pero le aseguro, que en toda mi vida, no he sido más sincero que ahora.- le respondió Vicente emocionado por aquél encuentro.

Pantaleón presentó a Vicente como “Antonio” a la joven, recordándole otras ocasiones en las que le hablara de él.

Después entraron en la amplia casa donde una larga mesa les esperaba repleta de viandas y refrigerios junto con unas criadas nativas que esperaban al invitado junto a los anfitriones para atenderlos esmeradamente.

Con el tiempo, las visitas de Vicente a la hacienda se fueron haciendo cada vez más frecuentes, no por la misión que el militar tenía encomendada, sino por la atracción que Narciza ejercía sobre él. Ahora sabía que la muchacha era huérfana de madre, que murió cuando ella era muy niña, y que su padre la dejaba al cuidado de una ama de cría que también conocía: Mama Cocha, una nativa vieja y gruesa, muy amable y simpática, que siempre la acompañaba y que se hizo cómplice del inicio del romance entre Narciza y “Antonio”.

Pero, en su soledad, Vicente maldecía su suerte. Tenía que ocultar su identidad a toda costa, aunque ello supusiera sacrificar su auténtico nombre a la mujer que él amaba. No obstante, con el paso de los meses, fue restándole importancia al hecho de ser Antonio, en lugar de Vicente. ¿Qué más daba llamarse de una manera u otra?, pensaba.

Acabó aceptando ser quien no era. Pero llamado una vez más a la presencia del Virrey para saber el resultado de sus investigaciones, Vicente no pudo darle respuesta alguna.

El indio era muy discreto, prudente y parco en palabras, le comentó al noble respecto a este tema. Entonces el Virrey montó en cólera ¿Cómo el mejor de sus espías era incapaz de sacarle el secreto a un viejo nativo?, le gritó el militar.

En cuestión de segundos, Vicente se inventó una estrategia tan sorprendente como creíble a los oídos del dignatario.

- Excelencia, se me ocurrió una idea que nos llevará a clarificar el asunto de una vez.

- !Explíquese!- le exigió con vehemencia.

- Pantaleón tiene una única hija: Narciza. Si yo me casara con ella el anciano me tendría que revelar el secreto de su buena fortuna. ¿No le parece?- le preguntó al Virrey, quien quedó pensativo y le respondió:

- Si no fuera porque ese maldito salvaje tiene a su lado el apoyo casi unánime de la población indígena, lo mandaría detener ahora mismo y lo sometería a tortura. Pero no quiero más sublevaciones.

- Sí, creo que su opción puede ser la más conveniente.

- No se preocupe, yo le facilitaré la forma de que el enlace se lleve a cabo sin trabas. Pero está claro que será bajo su falsa identidad.

- Sí, Excelencia, le mantendré informado- le contestó Vicente al tiempo que se despedía del Virrey, quien casi imperceptiblemente murmuró “¡Eso si aún permanezco en mi puesto!

Pero Vicente sí las oyó. Y cuando abandonó el palacio montado a caballo llevaba con él la alegría y la felicidad prendida de su sonrisa.

Se casaría con la mujer que amaba. Y con suerte, el cambio de Virrey le traería el olvido de ser agente secreto de la corona.

Vicente se casó con Narciza una tarde de Mayo. Claro que el sacerdote nombró a Antonio; ¿pero qué importaba eso, cuando el amor era sincero y real?

Luis S. Taza Hernández

Danzan las hojas
la tonada del viento
bajo el cielo.

H

Sobre el muro
la hiedra se agita
al son del tamtan.

a

Bajo el manto
de cabellos plateados
un rostro sonríe.

i

La fría neblina
en la noche de invierno
roza la sierra.

k

Fresca caricia
brisa de primavera
sobre el maizal.

u

El centenario
con ayuda del bastón
avanza, avanza…

s

Una gaviota
bajo la inmensidad
desaparece…

Maritza López-Lasso

D
i
á
f
a
n
o
s ***l u g a r e s***

Búscame en lugares de amplias perspectivas,
de luces infinitas.
No pretendas encontrarme
allá donde las sombras
elaboran enmarañadas trampas
que conducen a oscuros caminos.
Yo siempre te guié por sendas luminosas
y fui la dama blanca de tu sino.
No pretendas hallarme al borde de lo oscuro
porque yo soy tu nítida alborada.

No me busques en los parajes
más turbios de tu memoria
porque yo propicié
los hechos de tus glorias
acercando las luces a tu vida,
con ingredientes limpios,
sin pócimas secretas,
sin argucias inciertas.
No pretendas encontrarme
en pútridos recuerdos
porque todo fue nítido,
diáfano y sincero.

Búscame allá donde la luz te lleve
porque sobre una cima de luz sigo sentada
iluminando tu próspero destino.

María José Arques Cano

L I M P I A R Z A P A T O

A Mayma, Maite y Félix

-Dice Mariola, que durante tres semanas tengo que limpiar zapato– dijo la muchacha, mientras se soltaba el moño, sacudía la melena y se desembarazaba de la falda de faralaes.

-¡Limpiar zapatos! –rugió la madre- ¿Qué tú tienes que limpiar zapatos? A esa la mato yo, la muy jodía.

-Mamá, es que no entiendes.

-¡Pagar para que la muy… te ponga a limpiar zapatos! Me la cargo.

La madre, Adelaida, estaba indignada. Diez años llevando a la chica al Conservatorio, allá arriba en lo alto de la ciudad; llevarla y traerla diariamente, sin desfallecer, hurtándole el tiempo a muchas ocupaciones y al esparcimiento. Porque la niña quería bailar, como ella cuando era chiquita. Lo supo desde el día en que apareció el titiritero por su barrio con un organillo multicolor y la cabra brincando. Pero entonces no estaban los tiempos ni las costumbres para golpes de cadera y taconeos. Por un instante, le rondaban por la cabeza aquellos recuerdos infantiles.

-Mamá es que no te enteras- dijo la muchacha. Mariana era su nombre, ciertamente muy flamenco.

-¡Cómo, qué no me entero! Yo de baile sé un rato largo. Ya me dirás, después de diez años de arriba para abajo, subiendo y bajando la puñetera cuesta del Conservatorio.

-Mami, se trata de un perfeccionamiento del taconeo. Limpiar el repique, el golpeteo, que en el Conservatorio, esas cosas no te las enseñan.

Marianita quería explicarle a su madre el meollo del asunto, lo que los profanos no saben.

-Es que el flamenco es pura emoción y no puede bailarse igual la rabia que el deseo, el ansia que la desesperación; cada palo tiene su cosita… tiene su jaleo, su cante y su particular toque de zapato. Es igual que tocar un instrumento; como hablar con los pies. Eso, exactamente eso, expresar con los tacones. El desgarro, tac y tac y tac-tac-tac y la alegría tactactac como el trote ligero de caballo, suelto, gracioso.

-¡Ah, si es eso, me callo! –suspiró la madre.

Pero ahí no quedaba la cosa; de pronto el corazón y el estómago de Adelaida comenzaron a estar más vivos que antes, más acelerados y ansiosos.

¡Mira tú por cuánto! La niña, solita, sin empujoncito ni prejuicio alguno, se metía por la senda de una pasión que la madre nunca había revelado y que había guardado en terco secreto. Adelaida se sentía a gusto y confirmaba que lo que tenía que ser, inexorablemente era.

Los hijos mayores, sesudos e investigadores, le habían salido más aficionados a las ciencias que a las artes. ¡Fantástico!, que fuera cada cual a su aire, sin moverlos a hacer lo que no quisieran, sin tener que colmar las frustraciones o los anhelos de sus padres. ¡Chapó para ti, Adelaida, qué bien lo has hecho!, se dijo.

-¿Le molestará a Mariola que vaya yo a una clase? – preguntó tímidamente a la chiquilla.

-No creo; pero se lo preguntaré. Sólo somos dos alumnas a esa hora. Seguro que no pondrá pegas.

Marianita notó el vuelco de corazón que le dio a su madre, igual que el trote de un caballito alegre, y se dio cuenta de que algo especial estaba sucediendo en sus interiores; aunque Adelaida no soltaba prenda sobre su pasión por el baile flamenco.

Hay que vivir en el sol radiante del Mediterráneo –se decía Adelaida- en esos atardeceres rojirosados con ramalazos y pinceladas malvas; mamar la luz y bordar la noche estrellada para sentir el revuelo de mariposas dentro, ese vértigo fugaz que la embargaba. O tal vez no; el paisaje era indiferente; el mismo para tirios que para troyanos, como diría el abuelo, siempre al día en temas de guerra.

Dos noches después, Adelaida acudió a la academia.

Mariola era más joven de lo que esperaba, y guapa, la puñetera; no tenía facciones gitanas, ni tampoco el habla y las maneras. Se saludaron con un beso en ambas mejillas. Marianita ya le había comentado que su madre iría aquella noche. La maestra, hechas las presentaciones, le ofreció a Adelaida una silla de tijera que ubicó al fondo de la sala rodeada de espejos y barras corridas por todo el contorno.

Música de disco, primeros compases y tac-tac, tac, por tarantas; tac-tac-tacatá, por soleares. Y otra vez, y vuelta y revuelta; tac, tac, tacatá, tac-tac. ¡Qué aburrimiento! Pero no perdía comba, los ojos puestos en los pies de Mariana, bailando con ella. ¡Qué magnífico arrebol de falda!

-¡Esa mano a la cadera, esa espalda recta y ese vientre adentro! ¡Y otra vez! rugía Mariola muy flamenca, yendo de una chica a la otra, corrigiendo el brazo, palmoteando el muslo, elevando la barbilla de las dos alumnas.

-¡Ese busto arriba, la cara expresando, qué hablen las piernas contando la historia!... qué se sienta la emoción, aunque no se entienda!… decía Mariola entregada al arte de la danza, empeñada en sacarlo todo.

¡Aquel talle de la niña tan soberbio, tan gallardo, qué espléndido! En verdad, Marianita –su madre lo reconocía- no tenía las piernas muy bonitas; la pantorrilla más bien un poco musculosa. Suerte que en flamenco se cubren las piernas –pensaba Adelaida- ¡Pero aquel talle largo, el esbelto cuello, qué garbosos y qué flamencos!; tenía su niña un pechito prieto, menudo y altivo, arrogante pero pudoroso, que alzaba galano con plante orgulloso.

Reparó en Mariola, un tanto regordeta, de amplias caderas, sin embargo elástica como una pantera. Gitana, gitana, no parecía. En tales pensamientos andaba Adelaida cuando entró en el aula otra profesora menuda, rubia y de ojos claros. Macu la llamó la flamenca, e hizo un descansito.

-Mi hermana Inmaculada –dijo al presentarla. Ella da clásico; me ayuda a corregir posturas y evitar lesiones por malos hábitos.

Las maestras se alejaron hacia las barras, ignorando sin más la presencia de Adelaida en el rincón oscurecido de la sala, como si no existiera y no estuviera allí mirándolas. A su aire la dejaban, rumiando lo que debiera rumiarse y sin proferir palabra.

A los pocos minutos salió un gitano delgado, moreno y de ojos profundos con una guitarra que apoyó en el suelo. Era Ginés, el marido de Mariola; lo supo poco después.

Tañó la guitarra en las manos del guitarrista y recomenzó la clase; una vibración fresca como aspersión de agua preñó el aire del aula de iones y electricidades. Y volvió el pellizco, ya olvidado, a tomar conciencia en la boca del estómago de Adelaida; como si algo se abriera, un extraño gozne o una extraña puerta.

En medio de la sala repicaban, tactac, tactactactac, los finos tacones; los brazos de las bailaoras trazaban caracoles y fintas en la densidad del aire; los gestos del rostro dibujaban dramas, alegrías o pesares; llamaradas tenues ascendían lamiendo las faldas; subía del suelo un calor punzante. Rasgueos y punteos se sucedían y enlazados con breves silencios más locuaces que el viento, parecían cortar la corriente de la sangre.

Contemplaba ella todas esas cosas invisibles impregnando el ambiente. Veía a Mariana, con el talle juncal, entregada al rito, a la consagración del baile, sudoroso el semblante, sudorosos el cuello y la espalda. El gesto de las dos alumnas expresaba matices, tonos y colores. El brazo descendía a la cintura como agua del monte que corre buscando los fértiles valles; y luego, la embriaguez del duende, la pena y el llanto. Estaba allí plasmado lo osado y lo íntimo, lo sagrado y lo profano. La niña era oblata de dioses paganos.

Todo el sacerdocio antiguo de las razas pelásgicas del Mediterráneo, el carmesí de la sangre, el toro bravo, el trote de los potros hispanos, el mar con sus eternos vaivenes, se dieron cita allí, ante sus ojos, en el cuadrilátero de la sala de baile.

En aquellos brazos, en aquellos pies, en el repique obstinado estaban sus propios pies, unos con los de Mariana, bailando; y estaban el titiritero, la cabra, el organillo de colores chillones y el barrio proletario. Todo estaba allí vívido, resucitado. Mariana ya no era solamente su Marianita, su niña, era la danza misma, el fuego vestal, el agua femenina, penetrante y blanda de la eternidad insondable.

Hubiera querido contener el agua de esa eternidad que la embargaba entera, pero no supo cómo ni de qué manera dominar una fuerza tan grande.

Adelaida elevó la cara y miró al techo; no quería que unos desconocidos, el gitano, las mujeres de facciones contrapuestas a pesar de ser hermanas la vieran llorando en un rincón penumbroso. A lo mejor lo interpretaban mal; tal vez podrían creer….

Desde el ángulo oeste percibió Macu, multiplicadas por los espejos, las lágrimas que le resbalaban a Adelaida por la cara.

Mariola, que parecía centrada en lo suyo, vigilando los movimientos de las bailaoras sin perder ripio del baile, porque por ello cobraba, vislumbró también en los espejos esas lágrimas; pero la pasión, ella lo sabía, es pura, no se puede enseñar, es impagable.

Y cuando llegó el silencio, los tres, las dos maestras y el gitano que había dejado en el ángulo norte la guitarra, se le acercaron como si nada, como quien no quiere la cosa, como quien va a decir, pero no dijeron nada; besaron, ángeles benditos, su frente sudorosa, pálida. Finalmente sabían que Adelaida había conocido el fuego del cuerpo y el agua del alma. Todo estaba dicho; tac-tac, tacatá, tac y tac, tactactac con el verso del tacón que habla y dice, con el alma, sin mediar palabra.

Marianita, su niña, la miraba expectante, emocionada; lo sabía todo aunque no entendía nada, cuando ella se levantó y dijo solamente ¡gracias, Dios mío!

Ahora, nocturna y ligera, va a la academia tres veces por semana con falda del mismo color grana de la sangre que le corre por las venas, con tacones negros como la noche, pozo del alma donde agazapado dormita el duende de la danza flamenca a la espera de un vibrar de guitarra.

Está aprendiendo la técnica, limpiando el zapato, tañendo su cuerpo, caja resonante y sabia, para que despierte, para que salga al parto de la luz lo que en la oscuridad del alma celosamente guardaba.

Los cuatro lo saben; los cuatro se entregan al arcano rito de ese alumbramiento; en tanto, Marianita se dedica ahora a terminar sus estudios universitarios y ha dejado, temporalmente, dormir al duende que durante diez años la tuvo hechizada.

Mercedes Rodríguez García-Olías

III

Si
acaso
llegando arriba
se me
escapan
los
de
abajo;
cuesta
creer entonces
el verde
claro del
lago

Si
estás
mal aquí abajo
porque no estás
allá arriba;
que
alguien
venga cantando
los
versos que
yo le
diga

Entonces
mirando
al
lado,
cuando
yo doblo la
esquina,
se me escapan los
de arriba,
cuando atrapo
los de
abajo

P
o
l
i
n
i
s
a
d
a
s

IV

Yo
soy,
iconoplástico
mastoideo

mezcla de
mitocondrio
excepcional
y lunático
entretenido

El díctico
acondoplástico;
la razón
espiritual
del
varón
luctinotónico

Jesús Muguercia Correa

Q
u
e

a l g u i e n e s c u c h e

Son mis manos solubles en las frentes
de hieródulas frágiles, serviles,
soy discípula estéril de estas letras,
alumna sin muleta, prostituta
de un tiempo de papiros sin papiros,
soy Sísifo embarcado en la goleta
de porte y de impostura, un haz de piedra.

¿Soy virgen? ¿Soy cañón de carne?
No.
¿Me atañe ser motivo, equidistancia?
¿Me importa ser esclava?
¿Arguyo las edades de la historia?
¿Me incumbe que me embistan mis palabras?
¿Es serio todo esto que pregunto
o nada vale nada?

Enfero Carulo

CASA DE LOCOS

Mi abuelo torero, con el traje de luces dorado anda en bicicleta, en pleno verano, por el centro de la ciudad. Abuelo, no son horas, no se ponga usted el traje, por el amor de Dios. No se puede distraer en el bar, o leer el periódico como todos los abuelos. Yo soy un torero, cómo voy a hacer lo que los demás si no soy como los demás. ¡Qué tontería! Ser como todos... antes muerto.

Mi abuela se sigue creyendo una burguesa. Llama a la vecina... ¡Servicio! La pobre vecina está simplemente regando su huerto y ella le grita desde la ventana ¡Servicio! Esta jardinera está atontada, la tengo que llamar más de tres veces para que venga, cualquier día me voy a destrozar la garganta. No es la jardinera, abuela, es la vecina.

¡Qué me importa si la jardinera es la vecina de al lado! Si la he contratado, lo menos que puede hacer es venir si la llamo. La próxima vez que venga le voy a poner las cosas claras. Ya está bien.

La policía ha pegado en casa. Es la tercera vez que viene esta semana por escándalo público. Mire usted, aquí lo que ocurre es que el señor se pone en la puerta de la plaza de toros a decirle que le abran, que llega el maestro, qué dónde está su toro y nos recita de memoria los toros que ha matado en las corridas desde el año setenta y siete. Imagínese, al principio nos hacía hasta gracia pero ahora lo vive con tanto candor y expectación que la gente lo rodea haciendo un círculo y se nos echa para atrás la clientela. Algunos más pintorescos se entretienen, a otros nos los espanta. Cierto es que no creemos en la veracidad de esas historias y estamos bajo sospecha de que el traje que lleva no es suyo y no sabemos si lo ha podido obtener honrosamente.

-A mí lo que de verdad me preocupa de mi padre ya no es el espectáculo que forma cada dos por tres. Lo que realmente me importa es que con este insoportable calor, y en bicicleta, bajando y subiendo las cuestas a esa velocidad, cualquier día ocurre lo peor. O le da un desmayo por deshidratación o me atropella a alguien y fíjese el disgusto. En cuanto a lo del traje, no sé, vino un día y dijo que se lo habían regalado en la taberna pero nos extraña porque pocas veces va él a taberna alguna que yo recuerde.

Ahora está sentado en el patio con las chanclas y un bañador para refrescarse y lleva también una camisetilla interior blanca de ésas con tirantes. Está enfadado y no quiere hablar porque no le han dejado entrar en la plaza sin pagar entrada y encima se ha quedado sin torear.

- Papá, no seas niño, ¿no ves que esa gente no sabe que eres un artista y no quieren ya gente mayor sino gente novedosa.

- ¿Más juego? Eso digo yo, esa gente se lo toma todo en broma, ya no saben lo que es el arte. Meten a tres niñatos y medio y se creen que saben algo del oficio y nada más que saben mamarrachadas.

- Idioteces, además usted ya está mayor para eso, usted ya no puede enfrentarse a un toro, o quizás sí.

- Mira, niña, tú no sabes nada de tu padre. Cualquier día entro, por las buenas o por las malas que yo simplemente de espectador no puedo ir. A mí nadie me quita mis ansias de toro.

- Abuelo, si quieres me disfrazo de toro y me pongo unos cuernos de plástico y me capoteas aquí, con una toalla de ésas de la Pilarcita, de ésas que huelen tan bien a mujeres.

- ¡Anda, niño!¡Anda, niño!

- Qué sí, abuelo, ahora mismo cojo yo una toalla y nos ponemos con la función…a ver si me matas.

- Eso voy a hacer, matarte, pero a palos de verdad, o a besos. No sé qué vamos a hacer con este niño. Déjame que me fume un cigarrito y me lo pienso.

- Vecina, dígame, no le haga caso a mi madre. La pobre, ya sabe usted, no está en sus cabales y cree que es usted la jardinera. Siempre tuvo delirios de grandeza y ya no sé yo si le debería usted de seguir el cuento o decirle lo que yo. Que por más que se lo digo no me hace caso. Y pilla unas irritaciones que hasta deja de comer y todo.

- No se preocupe, yo le seguiré el cuento como todos nos lo seguimos. Y Santas Pascuas. Vaya usted con Dios.

- Lo mismo, hasta la vista.

El niño, no tiene el niño guasa. Míralo, ahí viene con el mantel de la cocina: ¿A que el abuelo le da capote? ¡Olé, olé!...Y el niño se lo está pasando en grande jugando. Menos mal que nos tenemos los unos a los otros para aguantarnos las penas, si no, no sé lo que sería de nosotros.

Ahí viene la Pilarcita, ¿se puede saber quién toca mis cajones del armario y desordena todo el dormitorio sin ni siquiera dar yo permiso? Vamos a ver, cualquier día cojo y me largo. Vengo reventada de trabajar y lo último que quiero hacer es ponerme a ordenar cuando llego. Anda, niña y deja de quejarte, ya que yo llego bregando con esta gente todo el día, que tu hermano está de vacaciones y nada más hace que decirme que está aburrido, cuando me despisto un poco ya se ha ido a casa de la vecina o está cerca de la fábrica y me da un miedo de que le pase cualquier día algo. Por ahí dicen que pasan muchos tractores y grúas de obras. Están asfaltando la zona. No me cambies de tema, mamá. Qué sepáis que voy a poner un cerrojo al dormitorio y ni quejarse de que venga mi novio de visitas por aquí.

¡Si era el niño que estaba buscando un trapo para jugar! ¡Anda, báñate y ayúdame a hacer la comida!

Abuela ha bajado las escaleras con las jaulas de los pájaros, no los deja en paz ni un segundo, va murmurando por el pasillo. ¡Bichos con alas! No paran de piar, no me dejan dormir. No tienen un buen cantar. ¡Bichos con alas! Cualquier día los tira por la ventana.

Abuela, por favor, no cojas esas tijeras, te puedes cortar.

Esa mujer no sabe arreglar mi jardín, así que tendré que hacerlo yo con mis propias manos.

Ni se te ocurra.

En esta casa ya no me tienen en cuenta para nada. Me apetece hacerlo y punto, es mi casa. Aquí mando yo. Ni me dejáis gobernar mi vida. Os habéis adueñado de todo.

Llega papá de trabajar. ¡Oh, oh, alguien se ha olvidado de pagar la factura de la luz y papá parece que viene cansado y con la rueda del coche ¡pinchada! ¡Pues sí que la hemos hecho! Esto es la casa de los locos…

Violeta Tineo

V i n o

e l

d í a

Lo que me dijeron las sombras
ya fue escrito por mí. Fue en la alta noche,
en el último signo de las horas,
cuando todo es profundo
en la ancha piel del hombre: una espesura,
un dolor, un contorno de aspereza.

Lo que sentí: una mancha
de barro que se queda en mis zapatos,
una lágrima que viene de mi ojo,
el roce de mis uñas
en la pared de yeso cruel o adobe.

Lo que me dijo el dolor ya fue
trascrito en el papel, en la memoria
mía, y en la memoria de la tierra.

Pero no quise nunca morir con lo que ha sido,
ni llorar con los símbolos que expresan
las experiencias turbias, las angustias
que alguna tarde fueron.

Porque el ser humano no vive
sólo en el deterioro psíquico o la amargura,
ni se amalgama sólo con el lodo
o la costra en el hueco impregnado de sangre.

Que el hombre advierte la mañana lúcida,
la tierra atravesada por el amor profundo,
y sabe como vino el alto día de
los cuerpos que se aman interminablemente.

Francisco Alonso Ruiz

L a s p a l a b r a s q u e b u s c o

Cada día me envuelven las palabras:
las dulces, las amargas,
las de amor, las de odio,
las soñadas.
Las nuevas, las ancianas,
las suicidas.
Las alegres, las vivas,
las lozanas.
Las fragantes, las tersas,
las ajadas.
Las rebeldes, las sumisas,
las calladas.
Las que hieren o curan,
alientan o restañan...
Amo todas las palabras,
pero, entre tantas, no encuentro
las que busco.
Seguras de mi amor juegan conmigo.
Se ocultan, se disfrazan, me traicionan.
Las llamo, las imploro, las convoco,
y ni oyen ni escuchan ni responden.
Mas no cejo en mi empeño,
haga lo que haga, las persigo:
abro libros, consulto diccionarios,
escruto los sinónimos,
me siento, me levanto, me paseo,
canto, duermo, me baño, desayuno,
escucho historias o las leo,
miro por la ventana...

De pronto, sé que están cercanas,
las presiento, me rozan, me acarician,
y espero confiada la fortuna de poder atraparlas,
de dar, por fin, con las palabras justas y precisas
que transmitan con fidelidad mis sentimientos.

María Rosario Mohinelo

La libertad y las artes en la democracia de Pericles

Si hay momentos especiales en la historia, sobresalientes por la importancia intelectual de sus personalidades y por la de sus consecuencias posteriores, ese fue el de la Grecia clásica. El relevante comienzo de esta época lo representó el político Pericles, que fue cabeza dirigente de un periodo en el que sobresalieron hombres clarividentes, amigos personales suyos y próximos a él. Todos ellos pudieron aprovecharse del ambiente de libertad y cultura que la política de aquel hombre promovió. En su juventud, Pericles tuvo la oportunidad de conocer y tratar al que se considera el primero de los filósofos griegos, Zenón de Elea, gran pensador y matemático, conocido, entre otras cosas, por el planteamiento de numerosas paradojas que parecían insolubles en un principio, pero resueltas finalmente desde el momento en que se reconoce que el movimiento no se puede dividir en unidades discontinuas. Fue, también, gran amigo de Protágoras, otro filósofo que, como Zenón, era naturalista y bastante escéptico en materia religiosa. Fue, igualmente, gran amigo del político el filósofo Anaxágoras, destacado científico jónico que indagaba empíricamente la realidad natural al margen de las explicaciones de la mitología religiosa. A este respecto, es famosa la anécdota sucedida con un famoso adivino de la ciudad de Atenas. Ocurrió lo siguiente: cuando Pericles mantenía una pugna política electoral contra su oponente Tucídides, un campesino presentó al primero una cabeza de morueco que solo tenía un cuerno en el centro de la frente. El adivino de turno arrimado al poder, dictaminó sobre el particular interpretando que ese animal era un presagio de la futura victoria en las urnas de Pericles, dado que este fue quien recibió la entrega de la cabeza de manos del campesino. Por su lado, Anaxágoras, lejos de pararse a interpretar, lo que hizo fue abrir la cabeza del animal y explicar que aquello solo era una anomalía aislada de aquel ejemplar. Sin embargo, como quiera que, poco después, Pericles venció a Tucídides en las elecciones, la gloria y la admiración popular se la llevó el adivino por haber profetizado el éxito del político. Esto era ya una expresión de la supremacía de la superstición sobre la inteligencia que, a pesar del tiempo trascurrido, aún no hemos superado.

Otros de los amigos contemporáneos de Pericles fueron los comediógrafos y poetas, Esquilo, Sófocles y Eurípides, los tres contemporáneos sucesivamente del estadista. Aunque, tal vez el más íntimo de sus amigos junto a Anaxágoras, fuera el famoso escultor, arquitecto y constructor, Fidias. Los tres juntos proyectaron el urbanismo de la gran Atenas tras la destrucción sufrida en las guerras contra los Persas. A Fidias encargó Pericles expresamente la elaboración de las esculturas y frisos interiores y exteriores del Partenón —que hoy podemos ver, en parte, en el Museo Británico de Londres—, obra inmortal de gran envergadura que se terminó en unos años bajo la dirección del escultor, auxiliado por un grupo de artesanos de la piedra.

Aquella edad dorada, se puede decir que fue el comienzo de una época en la que la libertad de expresión era absoluta para las artes y para la política, donde se podía criticar —y hasta difamar, como ahora— a cualquiera, por alto que estuviese en la escala del poder. Y si en algún orden de la vida de la ciudad la libertad de expresión se manifestaba abiertamente, era en la literatura. No es, por tanto, extraño que los tres grandes escritores trágicos griegos coincidieran en el tiempo con aquella brillante era, y precisamente en Atenas. El primero, Esquilo, algo mayor que Pericles, representó la traslación de los mitos al teatro, frecuentemente, para exaltar el ideal heroico del pasado ateniense, lo que favorecía la política imperial de Pericles en relación con sus aliados helénicos. Más tarde Sófocles, en la época de madurez del estadista, minimizó, más que su antecesor literario, la intervención de los dioses en los asuntos humanos. Y finalmente Eurípides, que vive durante la madurez y la vejez del político y conoce su muerte y los años de la guerra del Peloponeso, en cuyos comienzos fallece

Pericles. Este dramaturgo admite las ideas naturalistas de Anaxágoras y, por ello, incide menos que los anteriores en cuestiones religiosas. Eran los gloriosos tiempos de la transición desde el pensamiento mitológico-religioso al enfoque del conocimiento desde la realidad física cotidiana.

Otra anécdota significativa de la libertad democrática en este periodo y de la astucia de Pericles, proviene de los años en que se construyó el Partenón y se hicieron las reformas de la Acrópolis, todo ello, como se ha dicho, bajo la dirección y supervisión de Fidias. A este escultor le encargó Pericles la elaboración de una gran estatua de Atenea, la diosa de la ciudad en la que el general quería encarnar el espíritu de la metrópoli y la grandeza del imperio griego que Atenas comandaba, la cual se situaría en el Partenón. Tan fastuosa quiso que fuera la estatua que encargó para el escultor los mejores materiales, el oro y el marfil. Con ellos se elaboró la escultura y la expusieron, orgullosos, ante toda la ciudadanía. Pero pronto surgieron los malpensados que aprovecharon la oportunidad para atacar a Pericles por medio de Fidias, a quien acusaron ante los tribunales de haberse apropiado de parte del oro que se le entregó para la creación de la estatua. Pericles, perro viejo ya por entonces en la política, tenía prevista esta posibilidad y advirtió a Fidias que dejase separadas las partes de oro de las de marfil. De tal modo, cuando la acusación se produjo, Fidias no tuvo más que separar llanamente los materiales y proceder al peso del oro. El resultado fue que no se había desviado parte alguna de lo entregado pues la estatua pesaba exactamente la misma cantidad de oro que le fue entregada en un principio.

Atenea era una diosa guerrera en tiempos en que la guerra había servido para la defensa de la ciudad, por otro lado, era una diosa virgen, lo que le confería dignidad y, en tercer lugar, era la protectora de las artes que encarnaba la inteligencia creadora que se satisface en la artesanía y, también, en la actividad o arte de la política.

Así pues, durante el gobierno de Pericles se reconstruyó la ciudad de Atenas de los estragos producidos en la guerra contra los persas, bajo un espléndido plan organizado por el famoso escultor y arquitecto Fidias. Se construyeron templos y edificios que, como el historiador Plutarco señaló, con probada razón: “fueron creados en un plazo corto de tiempo para la eternidad”. Entre otros, llegó a la ciudad el ya mencionado sabio y filósofo Anaxágoras de quien dijo Eurípides: “Bendito sea el hombre que conquistó el saber a través de la investigación de la naturaleza. Ni acarreó mal a los ciudadanos, ni se prestó para nada injusto, pero descubrió el orden eterno de la naturaleza inmortal, buscando la forma de aprender de qué se compone, cómo y por qué”.

Ocurrió un día que cayó un meteorito en el Helesponto y, como quiera que por entonces se pensaba que las cosas del cielo eran de tipo ígneo, comenzaron las dudas y las especulaciones acerca del objeto celeste. Lógicamente a Anaxágoras le era obligado dar una respuesta, de modo que, al igual que hiciera con el mornueco, utilizando un criterio empírico, señaló que nadie podía negar que aquella piedra había caído del cielo, de donde se desprendía que la Luna, de la cual parecía haber venido el objeto, podía ser una parte desgajada de nuestra tierra y el sol una masa incandescente que daba luz a la Luna. En el debate de todo el asunto, el filósofo acabó afirmando que cabía deducirse de ello que entre ambos astros se producía eclipse cuando uno u otro se interponían ante la tierra. Todo esto no tenía por qué ser rechazado por las mentes de entonces, pero fue aprovechado por los religiosos mistéricos, normalmente enemigos de la democracia de Pericles, para acusar de impiedad a su buen amigo porque echaban de menos una referencia a los dioses en aquel hallazgo que, por otra parte, contradecía el pensamiento trascendente en todas las cuestiones celestes. Anaxágoras, por este incidente, tuvo que huir de Atenas porque ni la influencia ni el apoyo de Pericles fueron suficientes para detener la superstición politizada y la represión de la acusación de impiedad contra el sabio. Otra muestra de la utilización política de la religión, que, dicho sea de paso, tampoco hemos superado en nuestros días.

Carlos Candela Ochotorena

L

e

t r a s II

ήΚ

Œ

Puedo daros vida en la ficción
de la existencia, en el silencio nombraros
hacer visible en el albor el gesto
que os defina a cada una
ser dueña, señora vuestra
creadora de los mitos más osados.

W

Y soñaros, inventar nuevos grafismos
diseñar fractales, progresiones
multiplicación de espéculos
o en la voz, alzar ecos rabiosos
pináculos, silbos desesperados
arpegios de ida y vuelta, ditirambos
dáctilos, ritmos de marea y contravientos.

Ω

Empezar en omega, a mi capricho
finalizar en alfa trastocando el mundo
y volteando las cosas a mi antojo.
Lo puedo todo, pequeña diosa
todo me es dado en el arcano
de la mano, de la garganta.
Mis dedos cetro son, cetro y puñal
espada, cincel prometeico.

ζ

Q

Y al alba, al despertar del ensueño
sentir que el arte, onda y partícula
forma y sonido, navega, ora loco
ora sereno, por mi pecho
y sois olas de mi mar insensato
lamiendo las escorias del olvido.

Ψ

ڭ

ϱ

Porque sé que venís de la raíz
de la piedra, de los huesos
y de la profundidad remota sois la huella.

Mercedes Rodríguez García-Olías

EL MAR.
LA MAR.
Tantas veces me escuchaste hablar de Él
que ya tus oídos
parecían embarrados como circundándome la palabra
si pronunciaba Su nombre…
Y un día me marché y no dije nada más.
Tu lecho lo encontraste vacío
como los labios lacerados que no hallan su beso,
como la lluvia que cae y sabe, volcánica, que
seguirá siendo un enigma brotar en el asfalto.
Y viniste a buscarme.
Estaba en el Mar.
Te vi.
Y tus besos fueron la aorta más tangible de mi cuello.
Magnético corazón de dedos, entre las olas,
la sal y el agua se confundían
con lo escrito.
Rumiabas algo de emerger en la arena cálida y
en el manifiesto mojado de las grandiosas olas espumosas mordí
las líneas de tu cuerpo.
Y quise una estirpe de sazones ocultos ¡sólo para mí!
La oratoria de su tez, azogaba los encajes vírgenes de las olas
que sobre mi piel desnuda venían a descansar.
Ingerí la maleza enredada de su pecho.
Y la noche y su piélago yacían en la roca.
Y al despertar de la fauna de una espada
la palabra quedó muda,
y fui tu lapa,
y el Mar quedó en calma,
y solo se escucharon susurros en alza callada,
y nuestros cuerpos desnudos se reflejaron
en el blanco campo de escarcha de la Luna.
Y un fulgor celeste sin hálito casi
penetró en el vagón de mi poesía de aristas de cristal.

Y a partir de ese instante,
tú también, arco iris abrupto,
estabas amando el Mar.

Inma Méndez "Alféizar"

P R O S A S S I N P R I S A S

1

Sobre el borde del camino y entre el filo viscoso de la madreselva que divide en dos las aguas vespertinas del amanecer, pasa cantando la hierba mojada de viscosa miniatura. Un coro de sombras se une al salmo melódico de doradas melodías y el estertor despierta con hábil destreza el verde claro del día

Sobre la fina capa traslúcida del incipiente camino y entre la humedad constante del rocío que divide en dos la luz nocturna del anochecer, calla cantando su voz la hierba mojada de ternura miniatura. Un coro de sombras apaga el salmo melódico de finas partituras y el estertor se duerme, con hábil destreza, junto al día que termina

Después de la feroz batalla varios equilibristas contabilizan con estupor los órganos contraídos. Entre la madeja de vísceras atropelladas y bajo un razonar incipiente de lamentosos bruñidos, el muñón del General sujeta con fiereza su lúcida espada ensangrentada. Suman por cientos los miles de órganos magullados y aún resuenan en el horizonte los ácidos estertores del último mediodía con gritos incontrolados

La espada del General se inclina y el brazo se debilita en el semblante pálido del revés convulso de fratricidas sombras que nadie guía

2

Elegiremos con paciencia un verdugo benevolente por si algún día nos culpan a nosotros mismos. Para más detalle, normalizaremos con hábil gracia el castigo injusto y el perdón divino

Viscoso primogénito de neófito linaje. Farfullas la piedad desde la certeza imaginaria del legendario escritorio

Jesús Muguercia Correa

A b r a z o

Silencio,
se recogen las cumbres,
la cúspide del mundo se recata,
una bruma desciende
lentamente, ***d e***
enteramente mansa.
Infinitas bocas,
volátiles encías,
húmedas caricias
amamantan hojas, ***l a***
ramas, piedras desdentadas,
sendas que quedaron
ciegas, olvidadas.

Silencio, ***n i e b l a***
la niebla se abraza a las cimas,
empapadas y ocultas en jugosos tules,
dulcemente se aman.

Julia Díaz Climent

COMO SELLO EN BLANDA CERA

Los primeros amores se imprimen en el corazón como sello en blanda cera.

-Cervantes-

Llueve toda la tarde con la sorda tenacidad de la melancolía. Hasta tu habitación, cercana a la capilla, se filtrarán como humedad pastosa los motetes ensayados al armonium. Hace ya tiempo dejaron de sonar los pasos de los internos que se marchaban para pasar este largo fin de semana con sus familias. Mirarás por la ventana y te encontrarás ante los diecisiete años que hoy estrenas como esa hortensia aislada de la perspectiva del jardín por un cielo bajo, estúpidamente perdida en su ensimismamiento vegetal.

A las seis y media llegará tu madre, como lo hizo hace dos domingos; te llevará el "Varón Dandy" que te prometió, porque "hijo, debes ya afeitarte cada dos o tres días… además, esa barba a corros… ¡Qué grande te has hecho ya! Y, aunque no te afeites, un poco de distinción no te vendrá mal, vamos, digo yo. Porque tanto vaquero, tanto zapato deportivo… ¡Qué monocordes, Dios mío! ¡Qué no sabéis salir de ahí! Además, el "Varón Dandy" tiene el tono justo de virilidad. Esas otras colonias italianas… ¿qué quieres que te diga?, un poco empalagosas, un punto afectadas ¿sabes?". Mientras, abrirá todos tus cajones: "En el orden es en lo único que no te pareces a tu padre. ¿Pero qué cuesta poner los calzoncillos en un cajón, las camisas en otro…?" Luego se mirará en tu espejo…

Tu madre y el perfume ligeramente añejo de violetas, o la impoluta manicura, o el desdén de sus trajes-chaqueta: la más imperfecta cuadrícula para tu caligrafía sentimental… No, tu madre, de haber estado en Quintanar, no hubiera resuelto nada; hubiera complicado más las cosas, si es que algo hubo alguna vez por complicar entre nosotros.

Acodado en el alféizar de la ventana mirarás sin ver, surgidos de la niebla, la severidad de la avenida de los laureles; la ubérrima maternidad del magnolio, aún con sus flores carnosas, ya casi amarillenta putrefacción, en el centro del parque; los castaños de cobre amurallando una desolación que a la humedad de los recuerdos se adhiere y cuya intensidad fuera socavando.

En esa vívida procesión de los recueros, divisarás desde el coche el pueblo, recortado ahora contra la luz violácea del idilio: "Ya llegamos. Mira, ese huerto es de tu tío Felipe. Espero que tu primo Faustino te ayude a sobrellevar el aburrimiento. Esta misma noche, o mañana te presentaré a Onofre, el cura. Aprueba ese latín, por lo que más quieras. Te ayudará, seguro: era tan listo como pobre."

Luego la orgullosa emoción de la abuela, contenida siempre por esa mirada gris, escrutadora: "A ver. Sí, hijo, sí, de nuestra raza. A tu padre veo veinticinco años atrás. Tú, un poco más alto". Las manos membrudas del abuelo…, y ese indescifrable olor de la casa acumulado por generaciones, embalsado en el tiempo, atesorado en los cajones de las cómodas, y ahora, quizá ya para siempre, pegado a la piel de tu alma, porque lo tienes asociado al olor de sus vestidos, de su pelo, de su carne: ese aroma tibio, como de leche humeante. Recuérdalo bien.

Recuerda la primera vez que lo sentiste: fue en la rectoría cuando, al servirte el café, derramó azorada unas gotas sobre la "Guerra de la Galias" y sobre tu brazo. Recuerda cómo te estremeciste cuando te tocó para limpiarte con un paño humedecido. ¡Amanda, Amanda!, la espera, luego, del primer encuentro "fortuito" en el atrio de la iglesia; la aceptación de la primera cita.

El universo entero se paralizó bajo los efectos de la canícula mientras en las horas elásticas de la siesta vibrabas con la más radiante ansiedad de la espera.

Fue a las ocho, junto a la alameda. Ella se apartó de sus amigas. Con la timidez de una gacela se acercó hasta ti. Llevaba una falda acampanada, ligeramente pasada de moda; una blusa rosa, planchadísima. No os mirasteis, no mirabais a ninguna parte, temerosos de encontraros con los ojos todos del planeta sobre vuestras cabezas. Y os sentisteis frágiles, incapaces de sostener tanta prodigiosa aventura avariciosamente aspirada en esas horas de espera; y torpes, mientras os internabais entre los álamos, ante tanto silencio, henchido en esos momentos por el piar frenético de los vencejos.

Al cruzar el arroyo, te extendió ella la mano. La calidez de su tacto, suave, restañó los rasguños de la impericia. En la humedad del bosque donde os adentrasteis, ceniza casi las últimas luces, prorrumpiste a hablar a borbotones ¿de qué? No importa que no recuerdes; las palabras eran sólo un gesto instintivo de iniciativa varonil. Ella te contemplaba absorta, tal vez sin entender nada de lo que decías, ya húmeda su mano entre la tuya: “Me puedes besar, si quieres”. Tú acercaste los labios cerrados a los suyos como quien besa a una reliquia. Apenas la calidez de su rubor.

Se hacía tarde. Volvisteis al pueblo dando un rodeo por el arrabal, tácitos y furtivos.

Los días siguientes culminaste tu ritual de iniciación. El tiempo, la energía de cada minuto giraba en remolino en torno a un nombre, al fulgor de las sensaciones abiertas en la carne, adentro, en la intimidad de la alameda y del alma, mientras el arroyo arrastraba las últimas dalias del poniente.

Quedasteis en veros para la fiesta de Santiago en la discoteca de Pinares. Tú acudiste en la moto de Faustino. Te desesperaste al no verla entre tanto bullicio y oscuridad. Te lo notó tu primo: “Si has quedado, no te preocupes, las chicas vienen dentro de un rato en el coche de línea. Anda, tómate una copa”. Tosías de forma estridente con el primer coñac de tu vida cuando la viste entrar. Pagaste en seguida la consumición y quedaste con tu primo en veros a las doce.

Sentada en un rincón te esperaba Amanda. Se incorporó para recibirte y os introdujisteis en la impunidad de la masa oscura de las parejas y de los decibelios. Puso las manos sobre tus hombros y cerró los ojos para besarte lentamente. Tu cuerpo todo fue estremecida acogida, invasión de cada instante vivido allegado como afluente hasta ese supremo momento. Como estigma indeleble y sello en blanda cera conservarás la suavidad ardiente de sus mejillas; te será imposible ya todo retorno a tanta donación de sus pechos, de su vientre estrechados, hacia ti convergidos. Vuestras protestas de amor te serán las más sinceramente irrepetibles, las más hondamente indelebles.

Cuando regresaste a la hora convenida, encontraste a Faustino más huraño que de costumbre, severo.

-¡Se te ha dado bien la noche! ¿Ligue o algo más?

-Bueno…

-Con Amanda, no.

-¡No! ¿Por qué no?

-Cosas de los pueblos.

-No me vengas con cazurradas.

-Llámalo como quieras, pero con Amanda, no. Hace siglos que las familias no se hablan.

-¡A mí qué me importa!

Con la velocidad de la moto, el aire frío de la noche apagó rápidamente tu cara; sentiste también que se hendía como cuchillo entre dos realidades irreconciliables.

Cuando llegaste, te esperaba, dormitando, la abuela con la cena dispuesta:

-¿Te lo has pasado bien, hijo?

-Sí, abuela.

-Tu padre salió a las ocho para Zaragoza. Algo te preocupa. Te caliento la cena.

-No, no me apetece. Sólo un vaso de leche.

-Ten cuidado, hijo. No vayas a hacer lo que tu padre; se echó novia antes que mudara los dientes. Un hombre no debe entrar en relaciones hasta venido del servicio. Lo demás son disgustos, para ellos y para las familias.

Mientras te acostabas, una vaga sombra vino a nublar la bóveda de tanta dicha alzada. Estabas dispuesto a saltar la primera barrera: la publicidad de tu noviazgo, ese engorro pueblerino de las miradas indisimuladas, de los cuchicheos más allá de toda indiscreción, pero te desasosegaron esas advertencias de Faustino, las cautelas de tu abuela mientras te escrutaba con sus ojos grises, amenazantes de puro inteligentes.

Las jornadas que siguieron, alejada esa primera inquietud, fueron días de proyectos, de pactos apasionados y eternos sellados por la complicidad íntima de vuestros cuerpos, flotantes en la felicidad de la brisa estival de los atardeceres en la alameda.

Cuando aquel fin de semana regresé al pueblo (el calor de Zaragoza era asfixiante) ya entrada la noche, no te encontré en casa. Cené rápidamente y fui al bar. Fue allí donde mi hermano me lo comunicó al oído: ¡en la verbena, con ella!

Fui brutal, pero –ahora ya lo sabes- con todo derecho. No debía dejarte allí, en medio del pueblo, exhibiendo mi vida, toda la podredumbre de mi fracaso. No lo comprendiste entonces, cuando me viste aparecer desencajado entre las parejas que se apartaban a mi paso. Te sobresaltaste, lívido, ante mi actitud conminatoria. Brutal, sí. No te di siquiera opción ni para un mínimo gesto de rebeldía. Apenas una mirada fugaz a ella al partir, sola en medio de la pista, con la cara entre las manos.

No lo pudiste comprender aquella noche, en cuyo seno mineral sucumbiste insomne, desolado, vacío en un universo vacío, hueco sólo de la carne infinita que habías ya palpado y en cuya posesión te fundabas.

Lo empezaste a comprender a la mañana siguiente. De regreso a Zaragoza no tuvimos más remedio que pasar por delante de su casa. No te será difícil recordar la cara de su madre. Mírala, sí: la misma frente, la misma boca y mentón; la misma raza, sí. Mira todo el rencor de la tierra brotando por sus ojos, arrojándolo a los míos.

Pero no, tampoco lo comprendiste entonces. Fue en la parada que hicimos unos kilómetros antes de llegar a Zaragoza. Necesitaba tomar un café y hacer unas llamadas por teléfono. Tú te quedaste en el coche masticando tu rabia, revisando la cartera que cayó a tus pies al retirar mi chaqueta. ¡Qué sorpresa! Allí, disimulada, debajo de tu fotografía estaba la de ella, no, la de su madre. Entonces, sí, pudiste entender todo. Pudiste entender que no tenías ningún derecho a usurpar mi vida, lo más hermoso que aún poseo, aunque sólo sea una sombra desvaída sobre una fotografía en la alameda, el rumor de un olvido, pero como una llaga todavía abierta. ¿Qué derecho tenías a cerrármela? Es lo único que tengo, el único regalo que puedo ofrecerte hoy que estrenas diecisiete años, acodado en el alféizar de una ventana mientras esperas sin ganas la visita de tu madre.

Nemesio Martín Santamaría

El sacamuelas

Versos dedicados a Correntías y Orihuela

De Correntías a Orihuela
solamente hay un pedazo,
y si te duele la muela
te la quita de un tortazo.

Un dentista que es muy bruto,
tan bestia que casi deja
a todo un pueblo de luto
y con una sola oreja.

Porque tenía unas manos
que parecían horquetas,
de las que usan los huertanos
para cargar las carretas.

Eran tan grandes las manos,
que tenía este buen hombre,
que a todos los oriolanos
casi los deja sin nombre.

Porque daba unos tortazos
tan fuertes, que parecían
como si fueran barrazos
aporreando sandías.

Las tortas que repartía
eran puro cloroformo,
para adormecer la encía
de la gente del contorno.

Tan bestial era el efecto
que este fuerte golpe hacía,
que un pastor que estaba tuerto
por su mal ojo veía.

¡Esto sí que es un milagro!
le dijo el hombre a su hermana,
que se llamaba Milagros
y como él era Oriolana.

Llegó a tener tanta fama
este oriolano dentista,
que en el frontal de su cama
tenía puesta una lista

de toda la clientela
que deseaba venir
para sacarse una muela
y por fin poder dormir.

Porque si una muela duele
no se duerme fácilmente,
y además te da un telele
como el que le dio a Vicente.

De tanto que le dolía
una noche de tormenta
cuando más fuerte llovía
y masticaba pimienta,

porque le dijo el dentista
que la pimienta era buena,
para conservar la vista
y la dentadura buena.

Si alguna se resistía
porque estaba muy sujeta,
entonces te la extraía
tirando de una cordeta

de las que hace con esparto
el pastor en la dehesa,
cuando se pone de parto
una cabra en la maleza.

Tanta experiencia tenía
sacando dientes y muelas,
que una parte de Gandía
vinieron gastando suelas.

Para no perder la cita
todos vinieron corriendo,
al son de la charamita
contentos y sonriendo.

Yo también fui al dentista
y al verle salí zumbando,
hasta perderle de vista
porque me venía alcanzando,

para sacarme un colmillo
y una muela en mal estado,
con la ayuda de un martillo
y un tortazo bien pegado.

Tan famoso fue en Europa
que hasta de Francia vinieron,
los soldados de una tropa
y al día siguiente se fueron

en un tren destartalado
con asientos de madera,
que iba de lado a lado
como una vieja galera.

Al arribar a Cerveres
y contar lo sucedido,
un centenar de mujeres,
todas dieron un chillido.

Y entonces el maquinista
que venía de regreso,
dijo: yo os llevaré al dentista
si a cambio me dais un beso.

Todas vinieron con él
para ver al sacamuelas,
que estaba como un tonel
y le apretaban las telas

de tanto comer perniles,
longanizas y morcillas,
buen tocino y alcaciles,
arroz con costra y costillas.

Porque en mi tierra no faltan
estos selectos manjares,
que cada día es más alta
y más noble en los hogares.

Si vienes a Correntías
y pasas por Orihuela,
no te pares en las vías
que viene un tren y te vuela.

Trinitario Rodríguez

É r a s e

u
n
a

v e z

... a mi padre, in memorian

"...Por eso sé que volveré a tu casa,
algún domingo que el almanaque tiene,
para beber con vos una risueña grappa."
Mauricio Rosencof

Saliste de un érase una vez,
sosegado,
con tu libro de viajes en la mano
y tu callada compañía,
apaciguadora y leve.

Desde la oquedad del sueño
saliste con tus febreros de vendimia,
con tus tinas de risas y de uvas,
con tus niños de impertinentes
pies desnudos teñidos de morado.

Desde tu térreo lugar
saliste con el sol en la cara,
con un día sin renuncias,
ni rutinas,
ni fracasos cotidianos.

Pero como entonces y ahora,
sin nada que no te perteneciera,
con las manos limpias
y tu aire de hombre solo.

Annabel Villar

MÁS ALLÁ DE LA HORIZONTALIDAD
(bidimensiones y tridimensiones de una artista)

Ella está siempre más allá de la horizontalidad terrena; vuela, sube, queda, se llena, se carga, encuentra... y se queda; de allí ella regresa, roza la tierra... y de nuevo se eleva, busca, rezonga, llora... no encuentra, se halla, se llena, es feliz haciendo mientras espera. Pregunta... sólo a veces recibe respuestas casi verdaderas, camina caminos cargados de piedra. ¡Allí va! Corriendo piedra tras piedra y pasa, se queda, arranca de nuevo por ese camino, aunque no lo quiera, se desvía a veces; busca una frontera que pueda cruzar, sin saber siquiera si podrá transitarla. ¡No importa… se arriesga.

Miedos que supera y... aparecen otros: Su emoción traicionera le juega, le gana, se levanta y anda como tantas veces, no para sonreir y llora nuevamente. Como nació murió tantas, tantas veces... Despierta y se duerme y se duerme; despierta porque ella está viva! aunque alguien no lo crea.

Ana Cesana 2003

Ana me entregó este breve texto definiéndose, señalando algunas rutas, trayectos y fronteras de su vida, y no pude, de tan lírico y poético, dejarlo en la horizontalidad de la prosa, bella, pero plana, monda y lironda, porque ella siempre está MÁS ALLÁ DE LA HORAZONTALIDAD. Me hice pues dueña de esos sentimientos, hermana en el atávico dolor, artesana de ideas, y quebrando los ángulos de las palabras, como se quiebran los punzantes tallos de las rosas antes de que mueran, las fui desmigando/deshojando, esparciendo por el suelo horizontal y plano, minúsculos alimentos/pétalos, para que las palomas los alzaran en sus picos trémulos.

Me entregó en silencio la visión del alma, la complejidad de sus laberintos de cristal, transparentes, heridos de grandeza, de preguntas, de certezas.

Plena de osadía, mi alma descubre múltiples lecturas entretejidas en esa realidad para construir universos de voces gemelas/paralelas con sus propias palabras, con su prístino canto, que ha alzado su propio vuelo junto al mío; he dejado al albur los puntos… que son silencios de gran elocuencia, plenos de emoción y de sentido.

En sus obras plásticas horizontales perduran la tristeza y el dolor humanos, los ecos de la tierra de carne ocre y herrumbre verdinosa. Lo demás, lo que en ellas no es carne, tierra o detrito nutricio, asciende desde el rojo hasta el violeta, buscando metas más altas, más puras, de un fuego ya purificado que en el ardor supremo se consuma.

Y qué podía yo hacer en una dilatada tarde/noche del ardiente y rojo mes de Julio, sino escalar, elevándome con ella, el álgido dolor y la belleza esquiva que habita dentro de las cosas tal como son, tal como parece que son, ora terribles, ora hermosas.

“Tú eres quien mira… quien se adentra y descubre, o no descubre, pero es el interior de cada uno el que define la crítica” (el entrecomillado es también suyo). Lo importante para ella es eso … encontrar y ver; que sintamos ese algo que va más allá de la horizontalidad terrenal.

Echó a andar artísticamente en los años 80…. Y sigue ascendiendo por la senda que se expande y se contrae más allá de la horizontalidad terrena.

RECONSTRUCCION BI-TRI-DIMENSIONAL DEL TEXTO EN VERSO

ELLA		YO
está siempre		
	más allá	/espiga en el mar
de la horizontalidad terrena		
vuela, sube, queda		
	se llena, se carga, encuentra...	/ojo desmoronado
y se queda		
de allí ella regresa		
roza la tierra...		
y de nuevo		
	se eleva, busca	/en la arena
rezonga, llora…		
no encuentra, se halla, se llena		
es feliz haciendo		
	mientras espera	/en universos
Pregunta...		
	sólo a veces recibe	/paralelos
respuestas casi verdaderas		
camina caminos		
cargados de piedra		
	¡Allí va!	/voy con ella
corriendo piedra tras piedra		
y pasa, se queda		
	arranca de nuevo	/mientras cede
por ese camino		
aunque no lo quiera		
se desvía a veces		
	busca una frontera	/el turbio desvelo.
que pueda cruzar		
sin saber siquiera		
si podrá transitarla		
	¡No importa... se arriesga!	/Levanta tú el telón
miedos que supera		
y… aparecen otros		
su emoción traicionera		
	le juega, le gana	/al tiempo
se levanta y anda		
como tantas veces		
no para sonreir		
	y llora nuevamente.	/tantas veces rubro
Como nació		
murió tantas		
	tantas veces…	/tantas veces hierro.
despierta y se duerme		
y se duerme		
	¡despierta porque está viva!	
aunque alguien no lo crea.		

Mercedes Rodríguez García-Olías

H o y n o e s a y e r

Hoy no es ayer
hoy es esta piedrecita en la mano
para lanzarla
contra el día
para romper su canción desvencijada
hacerle un agujero por donde se derrame el tedio
su reloj
su cuadratura

Hoy ***no*** es ayer
lo sabe esta ciudad
que tanto sol ha recibido
sin haber pedido nada

Hoy no ***es*** ayer
lo sabe la muerte
que disfrazada de trapero
ha dicho a él señalando con el dedo
lo sabe el recién nacido
que se aferra al de su madre
lo sé yo
que agonizo en los arenales de
tus ojos
que me dicen

Hoy no es ***ayer***
vino otra con su alforja esperanzada
y se llevó toda la cosecha
hoy no es ayer
y mi árbol
ya se volvió amargo.

Bernardita Maldonado

E s t r e l l a s u r

Mi padre siempre
fue un hombre triste,
pero nunca tanto
como aquellas tardes
en que se refugiaba
en el cine Arcadia
y veía todas las películas
de Dolores Ríos,
a quien él amó
como Laura
antes de la guerra,
en otra tierra,
en otro tiempo…

Cuando lo dejé solo
en el comedor
del Gran Hotel
sonaban los pasodobles
de una boda
en el salón contiguo;
tenía clase de francés,
la primera de la tarde,
y me marché de allí.

En sus ojos,
vistos por vez última,
contemplé todo su pasado
y descubrí el brillo
de la felicidad
perdida,
la tristeza perpetua
de quien no se conforma…
la añoranza
secreta
del Sur.

Joaquín Juan Penalva

UN GRAN DESCUBRIMIENTO

Probetas y matraces, eran los compañeros de cada día y el laboratorio escenario de sus desafíos.

Querer saber más, había llevado a Ester al campo de la investigación. De niña siempre andaba tras los “porqués” de tal forma, que su curiosidad llegó a colocar en situaciones apuradas a los profesores.

En la Universidad pasaba horas y horas manejando tubos de ensayo, mientras sus compañeros le decían en tono jocoso:

- ¿A qué aspiras, Ester? Si la pólvora ya ha sido inventada.

Ella, sin ofenderse, siempre respondía lo mismo:

- Vosotros reíros, pero algún día mis experimentos estarán en los libros.

Se licenció como bioquímica con un proyecto de fin de carrera brillante. Enseguida mandó su currículum a varias empresas y pasó otras tantas entrevistas. Por fin, se vio trabajando en uno de los laboratorios con mayor presupuesto para la investigación.

Su dedicación exclusiva, le hizo avanzar en poco tiempo lo que sus colegas habían tardado años. Estaba centrada en un trabajo ambicioso. Quería llegar a manejar el desarrollo de las células cutáneas; sería como poder fabricar tiras de piel humana a voluntad.

Los intentos fallidos no la desanimaron. Para Ester el reloj no tenía horas.

Cumplió treinta años sin darse cuenta de que no tenía tiempo para los amigos, ni para sí misma. Tan sólo se relacionaba con las cobayas del laboratorio y con su fiel colaborador Curro, otro loco por la ciencia que, como ella, no tenía más horizonte que la investigación.

Se sabían cerca de obtener lo que buscaban, pero la empresa los presionaba. Quería resultados definitivos o de lo contrario destinaría los fondos a otro proyecto. Eso ellos no lo podían permitir, así que empezaron a robar horas al sueño, pero la falta de descanso no tardó en pasarles factura. Su concentración no era la misma y en un descuido imperdonable, Curro derramó la botella de un ácido altamente corrosivo. Su mano izquierda quedó gravemente dañada.

Ester se sintió culpable de aquél accidente y del ritmo frenético de trabajo que habían llevado en los últimos días. Y total para qué, se preguntaba sola en el laboratorio. Aún no tenían pruebas empíricas que demostraran la eficacia de su descubrimiento en seres humanos.

Mientras, en el hospital, Curro no dejaba de dar vueltas a una arriesgada idea. Cuando ella fue a visitarlo se lo planteó.

- Ester, soy investigador y es a lo que quiero seguir dedicándome, pero necesito mis dos manos. Ayúdame, deja que me apliquen nuestras teorías sobre el desarrollo de la piel.

La mujer lo miró sorprendida por la audacia de su petición.

- Curro, tú has perdido la cabeza, sólo tenemos pruebas experimentales en laboratorio. De acuerdo que son muy buenas, pero ninguna todavía con un ser humano. Podría resultar doloroso para ti y no conseguir un resultado positivo.

- ¿No te das cuenta de que es nuestra gran oportunidad? -Replicó él-. No tengo nada que perder y si lo conseguimos habremos triunfado.

Lo discutieron durante horas y al final tomaron la decisión de seguir adelante. Los dos afrontarían su parte de responsabilidad.

Tras someterse a varias operaciones e injertos, Curro no solo recuperó la total movilidad de su mano, sino que estéticamente tenía el mismo aspecto que antes del accidente. Todo había salido bien, las teorías de Ester eran un éxito.

Sólo un pequeño fallo no se pudo superar. La mano operada de Curro no alcanzaba la temperatura del resto del cuerpo, lo que no supuso ningún obstáculo para

él. Siguió trabajando perfectamente con las dos manos, aunque siempre tenía una fría y la otra caliente.

Sus vidas volvieron a la normalidad continuando con los trabajos de investigación. Ya gozaban de renombre entre los científicos y estaban enfrascados en el hallazgo de un nuevo invento. Aunque nunca olvidarían aquel accidente. Dejaron de ser una pareja de ratas de laboratorio para descubrirse mutuamente como personas, su mejor descubrimiento.

Ester dejó de ser una mujer solitaria. En la oscuridad de la noche, al despertarse, sentía con agrado una mano fría que con dulzura, apretaba la suya.

Isabel Lozano Martínez

E s c a p e

Quieta, sola, triste...
Pongo música...
Vuela la imaginación
.
Me siento joven...
Renacen en mí recuerdos de vida...

Me muevo al ritmo...
Sueño y me abrazo al baile...

Brinco, me lleno de alegría...
La música sigue y yo...
después de un tiempo,
me siento muy cansada...

Intento descansar,
la música me sosiega,
me aquieta,
me tranquiliza...

Estoy sola,
pero sola y alegre...
alegre y soñadora...

La tristeza escapó por la ventana...
Después de tantos años...

¡Ya era hora!

Espero que no regrese mañana.

Rafaela Lax

“Lo que tengo está en medio de las olas…”

Pablo Neruda

En medio de las olas
dos oscilantes lenguas,
diferentes, iguales,
pétalos de rosa nocturna
que acaban plegándose, para copular
en el vientre de un mar envarado.

En medio de las olas,
entre dos playas distantes, distintas,
húmedas de sal
navegan mis voces:
lozana, la de la memoria,
mustia, la del veintiuno.
Expuestas al sol, se resecan,
las dos son mías.

M a r e n m e d i o

En medio de las olas
yo asisto y observo el viaje,
tránsito permanente hacia ninguna parte,
salgo de aquella orilla
desangrándome en ocasos,
para entrar en el aquende y viceversa;
los chicos han perdido el pelo y tienen arrugas,
todas las chicas tienen canas, aunque se las tiñan.
Llanto inútil que los intestinos del mar
rezuman de mortal invalidez.

¿Evolución o involución?

En medio de las olas
paso del alba al crepúsculo,
veo saltar a los peces burlándose
de mis lágrimas de ayer,
sin embargo andan hecho trasgos
espumando mi resistencia,
dejándome con las brasas de mis sueños
al otro lado de las dársenas,
reviviéndome entre versos tras la lluvia,
pero antes del olvido.

En medio de las olas,
sujeto a sus caprichosos vaivenes,
espero como ausente, sosteniendo mi soledad.
Buceando, entre exilios y desexilios,
emigro hacia el calor de los recuerdos
para volver a desemigrar, cuando el sol
se congela en el silencio del océano.

En medio de las olas,

sedimentado en su poso,
se halla todo lo que tengo y todo lo que perdí,
ellas acogieron mis cuitas y mis versos;
allí están mi juventud, mi padre,
mis amigos, mis recuerdos,
mi historia que pudo ser,
mi presente y mi futuro,
mi corazón, ahíto de horizontes inalcanzables,
dividido entre soles y lunas,
mis sueños gratuitos,
mi canto y mi acento.
¿A qué orilla incompleta e indolente,
a qué altares de piedra divinos,
a qué parte de la muerte pertenezco?

En medio de la correntada
se cayeron los naipes,
pero continúo el camino
aunque todo se quedó *marenmedio*…
el mundo sin resolver,
con puentes destruidos
por la inevitable influencia de las olas.

Julio Pavanetti

Estricto molde

La bestia de catorce extremidades,
que con endecasílabos se viste,
a tu voz acogió, cálida y triste,
proclamando nostalgia y soledades.

Estallaron en ella tempestades
y violentas pasiones que viviste,
y en ella quedó un eco que persiste,
con infinita sed de eternidades.

Sus palabras habitan en los mares
donde naufragan muchos corazones
ausentes de gozosos despertares.

Sembré en ella mis sueños y canciones,
llenas siempre de penas y pesares,
que abatieron mis torpes ilusiones.

Manuel Parra Pozuelo

EL CRÍTICO

Escribir, tienes que escribir. Para qué. Son pensamientos escupidos sobre un papel, contenidos durante muchos años por la rabia y la impotencia. No me sentiré mejor por hacerlo.

El teclado se le resistía, duras teclas o duro cerebro que no podía olvidar. Pero en su yo más profundo sabía que sólo de este modo podría perdonarse.

Desdobló el recorte de periódico y lo releyó, ajado por el manoseo, por la humedad sudorosa de sus manos, rasgado como su corazón.

Miró nuevamente el teclado, una sonrisa se esbozó en su rostro abandonado en la selva del vello no rasurado durante días, tal vez semanas; era una suerte este invento del ordenador, cuántos árboles se estaban salvando de su…., no sabía cómo denominarlo, estaba en momentos bajos, era cierto, pero no por ello tenía que ser cruel consigo mismo, cuando menos quererse un poquito, y los adjetivos que le venían a la mente, eran demasiado duros para asimilarlos sin un buen trago de vino, y ahora no pensaba bajar al supermercado.

¡Qué hija de puta!, bramó golpeando el teclado; no se reconocía en sí mismo, no encontraba a aquel joven que soñaba recoger un premio literario y alzarlo mientras se lo dedicaba a su madre que tenía los nudillos ensangrentados por frotar los suelos de casas ajenas, para que él pudiera sacarse la carrera de filología hispánica.

Había conseguido minimizar su letra al máximo para consumir menos papel, sus lapiceros llegaban a garabatear hasta no ser más que una prolongación de sus dedos con capacidad de transmitir conceptos, ideas, sueños al papel, y tal vez algún día a un lector.

Pero hay segadores de sueños, quizá porque nunca los tuvieron, o crecieron pensándose superiores. Podadores a sueldo de una editorial, y lo más triste es que él ahora formaba parte de ellos. Al principio resultaba duro, pero luego la crueldad tenía ese regustillo dulce que ofrece el poder. El poder ensalzar, el poder hundir, el poder poner aquello o aquellos en ese lugar donde tú y sólo tú consideras que tienen que estar.

Reprimió una arcada, y otra vez sus ojos se posaron sobre el recorte de prensa, el espasmo estomacal ya no pudo ser controlado, arrojando dolor y ácidos que le quemaban las entrañas y un sinfín de preguntas que no tenían respuestas pero si un único origen.

Tirado en el suelo, doblado sobre sus rodillas, dejaba que todo brotase de su interior, mientras que el fiel Noi le lamía las lágrimas y le protegía del frío ofreciéndole su calor como lo había hecho siempre. Sólo él era capaz de mirarle a los ojos, interrogante, compañero, amigo, incluso su madre ya lo veía como el gran crítico, sintiéndose orgullosa del esfuerzo de ambos, aunque silenciosa de los propios. Pero ese no era el sueño inicial, era el camino de la ira y el rencor, de la venganza y la frustración. El camino de morir matando, porque moría cada día, cada instante, cada vez que se sentaba frente al teclado y se bloqueaban sus dedos, su cerebro, sus emociones, pero que corrían veloces y mordaces después de leer a otros que querían ocupar su sueño.

Dice el refrán que hacer como hacen no es pecado, y hacer lo que le hicieron sería perdonado, ¿perdonado? ¿por quién? Incluso era un dios para algunos y para él….¿qué era para él mismo?

Se sumió en un profundo sueño del que sólo se despertó por el zarandeo que le provocó el can con la cabeza, reclamando su ración de comida. No era consciente del tiempo que había quedado tirado en el suelo junto al pestilente charco amalgamado.

Con la resaca típica del que ha tenido una lucha cainita del yo, se levantó apoyándose sobre el lomo del perro, que no se movía sabedor de la importancia de su resistencia para que el amo no perdiera el paso.

El agua fresca, deslizándose por su cuerpo desnudo, terso pese a los años, servía de bálsamo a los atronadores rugidos que tenían tomada su cabeza. No era una cefalea, era lo que tarde o temprano tenía que ser.

La alegría de su fiel amigo al oír las croquetas desecadas chocando sobre el cuenco de acero inoxidable, le recordó su rostro todavía aniñado, desconocedor de la humanidad y sus condiciones cuando había terminado su primer libro, unas páginas que había releído mil y una vez junto a su madre, buscando su aprobación y escrutando cada adjetivo, cada hipérbole, cada coma y punto.

Llenó el cubo de agua dejando caer un tapón de lejía; esperaba que el ácido del vómito no se hubiera comido el brillo de la losa, como se había comido el de sus ojos, el de su ilusión, aquella mujer que parecía estar agazapada en cualquier rincón de columna periodística para tirar por tierra sus esfuerzos, su trabajo, sus sueños. Pero era palabra de diosa; su voz hacía que corrieran el resto de plumas a hacerse eco de lo que decía, lacayos ávidos de reconocimiento.

Cómo los había odiado, pero qué pronto había aprendido a hacerlo exactamente igual, no, igual no, mejor, más despiadado; no había podido llegar a perdonarlos, y a ella todavía menos. Competirían en el mismo campo y le demostraría que era mejor. No pudo pasar página, y aunque las hojas de la vida avanzaban, él seguía anclado al preámbulo.

Y creció y fue imitado, alabado, sus columnas eran leídas siempre antes de ir a la librería. Empezaron a llamarle don sin canearle las sienes, y ella llegó a temblar; ¡qué orgasmo verla temblar si sus opiniones no coincidían!

Esa batalla también tenía víctimas colaterales, pero qué importaban si se cumplía el objetivo, ¿qué interesaban los sueños de los demás?, ¿dónde quedaron los suyos?, ¿le afectó a alguien?

Aunque ese teléfono no tendría que haber sonado nunca, esas palabras de súplica no se tendrían que haber pronunciado jamás. Otra vez la cefalea; no, la cefalea no, la conciencia que afloraba atronadora en forma de patología.

Tiró el agua sucia por el inodoro. Si pudiera deshacerse de sus acciones tan fácilmente, cómo lo agradecería. Tan sólo había hecho su trabajo, ¿pero era necesario ser tan incisivo?

Necesitaba descansar, tenía el cuerpo molido, aunque en el fondo ese dolor también era bueno, significaba vida. Realmente en estos instantes ni siquiera sabía si le apetecía seguir haciéndolo.

Se preparó un vaso de ginebra, y se dirigió hacia el sillón que lo esperaba con sus brazos abiertos. Brazos… no sabía cuántas veces él los había cerrado cuando alguien esperaba ser cobijado en ellos.

Dejó la bebida sobre el recorte de periódico, para no dañar la madera de la mesa, y se recostó posando los pies sobre el escabel; el calor del paño reconfortaba sus huesos, no así su alma. Levantó el vaso para llevárselo a los labios, el papel se había quedado en el fondo, pegado por la humedad que desprendía el vidrio.

Volvió a leer la crónica, en la que rezaba “hallado el cadáver del autor de “La sonrisa perdida”, al parecer no pudo superar el rotundo fracaso de sus dos últimas obras y una sobredosis barbitúrica…”.

Hizo una bola con el papel, se la introdujo en la boca, ahogando su contenido con la ginebra. Cerró los ojos, y se abandonó en los brazos de Morfeo.

Olivia Díaz Díaz

H u m o

Aun después de tantos siglos de civilización
el hombre no ha aprendido a amar…

Cada día, me invaden más intrigas,
menos risas se dibujan en mi rostro,
cada noche genero una nube de sueños
y cada mañana me llueve a realidades,
cada noche te prendes fuego, me prendes
y cada mañana sólo queda humo.

Amanece y anoche quemaste hasta mi último deseo
mas no dejas pasar tu amenaza:
“no dejes que el aire escape por la ventana
es posible que me fugue con él”

Cada mañana te exhalo para abrasarte suavemente
mientras te vas desbaratando, me voy desbaratando.

Rafael Gómez Muñoz

Llanto por los montes de András

¡Negro!

Aquí el bosque vivía,
aquí el bosque aromaba,
aquí el bosque era mío.

¿Quién se llevó el latido
poblado de aromas y verdecidas?
¿Quién se llevó el sueño de la acacia,
del pino y de la retama?
¿Dónde está la carrasca lila
recostada en los helechos dorados?

¡Negro!

Olor a muerte respiro.

El mirlo en las silvas ya no canta,
ya no silba,
su amor fue segado por las llamas.

Los animales del bosque
yertos sus cuerpos
entre raíces que en garras se transformaron.
La madre deshoja el miedo
para poder arrullarlos.

Late su pulso insepulto en las fosas minerales.

¡Negro quedó el bosque amado!

Sólo ululan esqueletos
que *zoan* lenguas de fuego
en el monte de mi casa.

El silencio sobrecoge,
por el camino ya no transitan cantores,
ya no arrullan los carvallos,
mis pasos enmudecen sobre cenizas nevadas.

El eucalipto se quedó gris,
avergonzado esconde su arrogancia
en el silencio
que los cielos cubren de rojas señales.

Altivos los miradores sobre la ría se asoman,
enhiestos sobre el paisaje,
sobrecogidos sus lacerados mantos
que envuelven sus pies
antes de oliva y verde
ahora ceniza que el viento esparce.

Brilla el Faro *das* Luas entre el humo,
hiere el silencio un quejido,
brilla el titanio en medio de la nada,
estrella que desafía
la noche.

No tengo lágrimas,
áridas mis pupilas,
mis ojos vacuos.

Negro el paisaje.

Me estremezco al verlo tan humillado.

Lamentos del aire,
congojas en mi garganta,
lamentos que mueren
ante los caballos del diablo.

¡Ay montes de András,
bóvedas de mi casa!
¡Ay arboledas vestidas con joyas de hurís,
desbastadas por manos asesinas!
¡Ay cantos y murmullos
de tus hojas y tus ramas.!
Ya no acogéis mis sueños
rotos.

Se retorcía la vida
formando garras de hierro
que luchaban con la muerte
que harta de savia se va
a devorar otros montes.

¿Qué luz ilumina el cielo?
¿Qué nubes anaranjadas
se extienden por el paisaje?
Huele el aire a sabores olvidados:
a olores y sabores de mi infancia.
-¿Es pan qué se cuece en el horno, madre?
-No. Es la muerte que vela nuestras ventanas.
Lleva tules de azufre y rubís en su hoz de sangre.
-Vete muerte que asombras los resquicios de mi hogar.
Vete muerte de mis ojos.
Vete a morder con tus perros
las llanuras del infierno ,
para ahogarte entre sus riscos;
deja a la tierra que enjugue
con pañuelos de ceniza los hijos que abortaron.

El bosque enmudece quieto,
los cantores ya no cantan,
quebradas están sus alas
en el fragor incansable.
¡Ay segadora

que bailas
deja tu huellas
pues yo he de buscarte en tus antros!

Madre tierra, madre sabia,
han de preñarte
en coitos reverénciales
que engendren montes de pinos
retamas, robles y acacias.

¡Qué vuelvan las verdecidas!
¡Qué murmuren los arroyos
sus arrullos ancestrales!

Montes y fragas volved
a poblar mi tierra amada.

Airam Lebasi

A l z a

t u

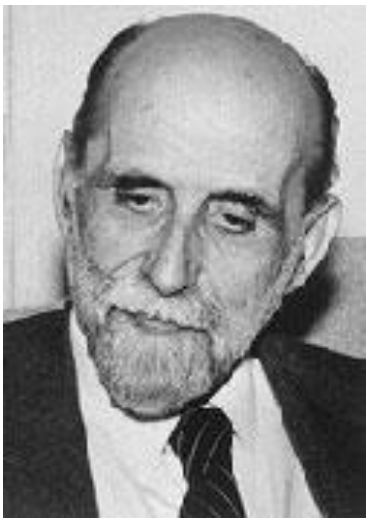
v o z

Alza tu voz
no la detengas.
Que se escuche
en todos los rincones,
Alza tu voz
en contra de la ignorancia,
en contra de la opresión,
en contra de la guerra.
Que se escuche tu voz,
no la detengas,
no tengas miedo, amigo mío,
alcemos entre todos la bandera
de la paz y del amor en esta tierra.

Inocencia del Pino

JUAN RAMÓN, SIEMPRE

Juan Ramón Jiménez
El País, Colección de Poesía, Madrid,
2008, 192 páginas, 8, 95 euros.



Si hay un poeta absolutamente imprescindible para la comprensión de la trayectoria de la poesía escrita en lengua castellana en el pasado siglo ese poeta es Juan Ramón Jiménez, por lo que era indubitable la inclusión de su antología dentro de las de la nómina de los poetas más significativos de la pasada centuria que ha llevado a cabo El País, y así mismo la trascendencia de su obra poética se constata en el prólogo de José Manuel Caballero Bonald a la citada antología.

En sus poemarios se evidencia la evolución de la lírica castellana que, como es sabido, abarcan desde el romanticismo simbolista de sus primeros libros hasta la poesía desnuda de sus últimas etapas, en las que el poeta se considera un ser creado a imagen y semejanza de Dios, aunque sea preciso puntualizar que, según él mismo afirma: “No es que yo haga poesía religiosa usual; al revés, lo poético lo considero profundamente religioso”.

Otro aspecto que debemos resaltar es su dedicación total a la poesía. Juan Ramón Jiménez no es un soldado que escribía versos como lo fue Garcilaso de la Vega, ni un catedrático y académico que publicaba poemarios como fue Dámaso Alonso, Juan Ramón Jiménez es, ante todo y sobre todo, un poeta, exclusivamente un poeta, tal como enfáticamente afirmó, cuando, refiriéndose a su dedicación vital, dijo: “y poesía cada día”.

En efecto, desde la aparición, en 1902, de *Rimas*, sus libros se fueron publicando de modo continuado e incesante, constatando en ellos la evolución estética a la que aludimos, y desbrozando los caminos por los que irían discurriendo las creaciones líricas de aquellos años, ya que su magisterio sería unánimemente reconocido por sus contemporáneos e incluso por las generaciones que le siguieron.

Las opiniones más solventes y generalizadas distinguen tres etapas en sus obra poética: la primera abarcaría desde el que se reconoce como su primer libro, *Rimas* ,al que acabamos de referirnos, con evidentes resonancias modernistas y becquerianas, aunque aún dentro de esta primera etapa, que se ha denominado sensitiva, ya en 1915, con la publicación de *Estío*, comienza un proceso de decantación expresiva y de rigurosa depuración verbal que llega hasta 1936, año en que el poeta, de inequívoca adscripción ideológica republicana, inicia su exilio, siendo sus libros más significativos de este periodo, que ha sido denominado intelectual: *Diario de un poeta recién casado*, de 1916, *Eternidades*, de 1918, *Sonetos espirituales*, de 1917, *Piedra y cielo*, de 1919, y *La estación total*, de 1936, que cierra esta segunda etapa. En el tercer periodo de la obra juanramoniana, conocido como suficiente o verdadero, publicó tres libros en los que se culmina su obra lírica: *En el otro costado*, de 1942, *Animal de fondo*, en 1949, y *Dios deseado y deseante*, de 1949.

Un hermoso poema en prosa, *Platero y yo*, fechado en 1914, es su obra más conocida, en la que mediante bellas imágenes nos narra la vida de un burrito y su ascensión al cielo de su Moguer natal.

El mismo poeta nos describió bellamente los diversos momentos de su apasionada relación con la poesía cuando escribió los siguientes versos: “Vino, primero, pura/

vestida de inocencia/ y la amé como un niño. / Luego se fue vistiendo / de no sé qué ropajes; y la fui odiando, sin saberlo. / Llegó a ser una reina fastuosa de tesoros…/ ¡Qué iracundia de hiel y sin sentido ¡/…Mas se fue desnudando. Y yo le sonreía. / Se quedó con la túnica de su inocencia antigua. / Creí de nuevo en ella. / Y se quitó la túnica/ y apareció desnuda toda./ ¡Oh pasión de mi vida, poesía/ desnuda, mía para siempre./"

Los méritos de la obra de Juan Ramón Jiménez se vieron justamente recompensados con la concesión, en 1956, del premio Nobel de literatura, coincidiendo con el fallecimiento de su esposa, Zenobía Camprubí, que acompañó al poeta durante toda su vida, de modo amoroso y delicado, permitiéndole dedicarse exclusivamente a la escritura y al perfeccionamiento de su obra.

Hoy, cuando han transcurrido más de sesenta años de su fallecimiento, no podemos olvidar su ejemplo de permanente dedicación a la poesía, que ya fue reconocido por nuestro entrañable Miguel Hernández, que, en una carta escrita en 1931, expresaba su admiración hacia su obra y le llamaba: "Venerado poeta".

Reseñar, finalmente, que Moguer es el escenario de un continuado y merecido culto a su memoria, y en esta ciudad, con su nombre, se convoca todos los años un prestigioso premio hispanoamericano de poesía, que, en su edición de 2002, fue otorgado a nuestro paisano Ramón Bascuñana por su libro *Los días del tiempo*.

Manuel Parra Pozuelo

Puntos de venta

PRENSA. Plaza de América, nº 2. ─ ALICANTE.
VIDEO─CLUB ESPIRAL. C/ Deportista Juan Matos ─ ALICANTE.

LIBRERÍA NOESIS. C/ Pintor Baeza, nº 8. – ALICANTE.
LIBRERÍA 80 MUNDOS Avda. General Marvá, nº 14 ─ ALICANTE.
LIBRERÍA MARÍA DEL PUY. C/ General Espartero, nº 91. ─ ALICANTE.
LIBRERÍA LUXYMAR. Plaza Joaquín María López, nº 4. ─ ALICANTE.
PAPELERIA AMORÓS. C/ Foguerer, nº 3. ─ ALICANTE.
LIBRERÍA COMPÁS (Campus Universidad) ─ (S. Vicente Raspeig) ─ ALICANTE.
LIBRERÍA PISCIS. (Cehegín) ─ MURCIA.
LIBRERÍA GRAN VÍA. (Cehegín) ─ MURCIA.